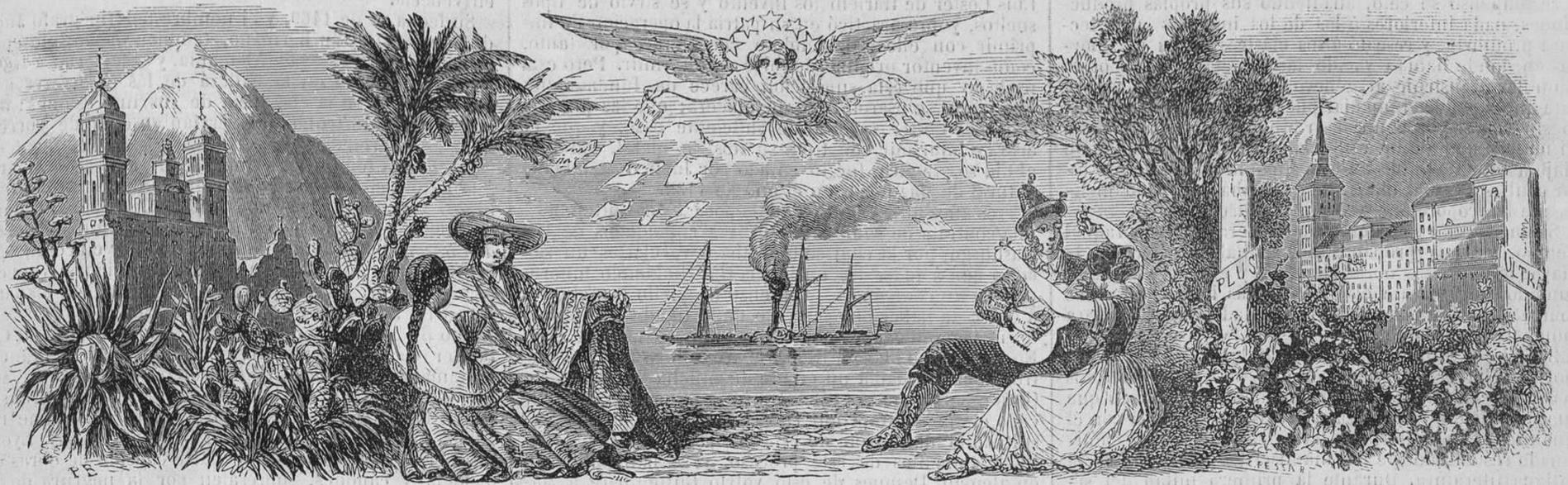


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — Tomo XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 28. — N° 847.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

SUMARIO

M. Devienne; grabado. — Historia de la imprenta. — Trabajos históricos de la Academia española. — Exequias de Fuad-baja; grabado. — Banquete frmasónico en Paris; grabado. — Revista de Paris. — Lamartine. — Embellecimientos de Paris y de sus inmediaciones; grabados. — Gavarni; grabado. — Debe y haber. — Berlioz; grabado. — El leon en el desierto; grabado. — Las fiestas de carnaval en Venecia; grabado. — Manuela. — Los juegos de los antiguos; grabados. — Problemas de ajedrez; grabado.

M. Devienne.

M. Devienne estaba destinado a suceder a M. Trop-Long: en 1858 le reemplazó en el puesto de primer presidente del Tribunal de Paris, como ahora acaba de reemplazarle en el de primer presidente del Tribunal de Casacion. Su carrera de magistrado es antigua ya: principió en tiempo de la Restauracion por ser sustituto en el Tribunal de Montbrison, cargo envidiado en aquella época, porque Montbrison era capital de departamento y no habia sido suplantado aún por Saint-Etienne. El jóven sustituto llamó la atencion de sus superiores y debió ser en procesos de prensa, pues en aquel tiempo eran casi tan numerosos como en nuestros dias, y M. Devienne no ha demostrado nunca la mayor simpatia por los periodistas.

Sea como quiera, el sustituto ascendió en 1829 a consejero auditor del Tribunal de Lyon, y un año despues á consejero.

En 1837 obtuvo el título de presidente que conservó hasta la revolucion de 1848, época en que dió su dimision y abrió su bufete de abogado; pero muy luego prosiguiendo su carrera, entraba de procurador general en Burdeos, pasaba con igual título á Lyon, y tomaba despues posesion del primer asiento del Tribunal de Paris, que acaba en fin, de cambiar por el primero tambien del Tribunal de Casacion. Así pues, subiendo todos los escalones, algunas veces

de dos en dos, M. Devienne ha llegado á la alta dignidad de que hoy disfruta.

Y sin embargo, no es un jurisconsulto que se balle á la altura de sus antecesores M. Henrion, ni M. Trop-Long. M. Devienne no se precia de una ciencia profunda del derecho. Una inteligencia viva y natural, una verdadera aptitud para los asuntos, una grande pene-

tracion y una sorprendente flexibilidad de carácter, hé ahí sus principales títulos. En el cargo que acaba de abandonar, se observaba en él algo de indiferencia, y cierta impaciencia que le inducia á menudo á interrumpir á los abogados para confirmar los fallos prontamente. Al primer pronto, no parece, pues, que M. Devienne sea el magistrado que conviene á la cabeza de un tribunal regulador encargado de fijar los principios jurídicos, de apreciar el derecho, no el hecho. Pero ¿quién sabe si sobre este punto no posee tesoros de ciencia ignorados hasta el dia? Lo que se puede afirmar sin temeridad alguna, es que M. Devienne debe sobre todo á la política su brillante carrera.

Hé aqui lo que decia en 1858 cuando su instalacion en Paris: « El gran jurado del 10 de diciembre ha dado una decision suprema contra la cual nada podrá prevalecer. El indisciplinado orgullo de algunos hombres no destruirá la obra de la sensatez de todos. Bajo la dinastia napoleónica se desarrollarán nuestras instituciones, gracias á la seguridad reconquistada definitivamente. Felices los magistrados cuya voz está llamada á secundar este movimiento de los espíritus y á sostener el principio de autoridad en el que se apoyan las fuerzas todas de la nacion y de la civilizacion. »

Principios tan firmes debian obtener una recompensa: el emperador ha dado á M. Devienne una ostensible prueba de su confianza, llamándole primero al Senado y confirniéndole luego la primera magistratura del Estado. ¿Qué falta ya á su gloria? C. R.



M. Devienne, primer presidente del tribunal de Casacion.]

Historia

DE LA IMPRENTA POR A. BERGNES.

(Conclusion.)

El papa Silvestre II, antes de ceñir la tiara pontificia, á fines del siglo X, habia sido infatigable en el estudio de las ciencias y en comunicar á otros el fruto de sus investigaciones, cuyas cualidades le distinguieron siempre.

Para saciar su inatigable anhelo en todos los ramos de la literatura, hizo un viaje á España en busca de manuscritos, y mandó que se practicasen activas requisiciones en toda Italia y en los países transalpinos.

Las cruzadas interrumpieron estos progresos de la literatura; pero en el siglo XIV el célebre Petrarca despertó á sus compatriotas de la apatía en que estaban sumergidos; les inspiró el amor de las letras, aumentó y recompensó su celo, añadiendo sus propias producciones, nada inferiores á las de los ingenios cuya lectura promovía, y rescató á los clásicos de las mazmorras en donde habían yacido tanto tiempo privados de iluminar é instruir al género humano. Jamás pasaba este autor por las inmediaciones de un antiguo convento sin visitar y reconocer su biblioteca, y si llegaba á su noticia que algun amigo suyo iba á emprender un viaje á aquellos sitios en que suponía que pudiesen estar ocultas algunas obras, le suplicaba encarecidamente que le proporcionase algun manuscrito.

Si un hombre semejante no hubiera existido en aquel tiempo, es muy probable que se habrían perdido la mayor parte de las obras clásicas, y entonces hubiera cundido inútilmente el amor de las letras entre sus compatriotas, pues no hubieran hallado materiales para fomentarlo y sostenerlo.

Bocaccio es justamente partícipe del Petrarca, en la gloria de haber enriquecido la lengua italiana con sus mas perfectas bellezas, en el momento mismo en que puede decirse que empezaba á existir: participa con él igualmente de la gloria de haber sido un celoso y afortunado restaurador de los manuscritos clásicos y de la antigua literatura. Durante la primera mitad del siglo V floreció Poggio, que excedió á todos sus contemporáneos en su celo por descubrir antiguos manuscritos, y en el buen uso que de ellos hacia cuando llegaban á sus manos.

No le arredraba en sus investigaciones dificultad, dependencia, ni la falta de auxilios. Pasó toda su juventud viajando incesantemente en busca de estas preciosidades, que parecían constituir el principal objeto de su existencia. Y nombrado secretario del papa, y electo sucesivamente para el mismo destino por otros siete pontífices, ejercía su influjo en todas ocasiones, y aprovechaba cuantas oportunidades le ofrecía su empleo para promover en Roma el fomento de la literatura y el descubrimiento de manuscritos clásicos. Añadiremos á estos ilustres literatos la noble familia de los Médicis, Teodoro Gaza, y Manuel Chrysolas, que fué uno de los primeros que difundió el conocimiento de la lengua griega y el estudio de su literatura.

Parecía estar ya preparada la Europa para la introducción de la imprenta, y que ya de justicia la requeria. Muchas personas de las altas clases fomentaban un amor mas general y violento á la literatura, que en los siglos antecedentes. Los talentos que constituían la masa comun, empezaban ya á pulirse y desarrollarse; pero faltaban materiales para la grande obra de la instruccion general del mundo, que todo lo poseía para la empresa, excepto los materiales.

En esta importante crisis se descubrió el medio anhelado y el secreto grandioso. En fin, se descubrió el arte de la imprenta; y las ciencias, las artes y la literatura, que abocadas ya á la meta de la ilustracion universal, aguardaban solo un impulso para difundirse; impelidas repentinamente por esta fuerza irresistible y sobrenatural, recibieron un poder que jamás volverán á destruir ni los esfuerzos mas sañudos de la barbarie, ni las combinaciones mas complicadas de acontecimientos desastrosos.

Los naipes, inventados en Alemania á principios del siglo XIV, y que se pintaban con pinceles, empezaron á imprimirse con moldes de madera hácia fines del mismo siglo. Este fué el primer paso que dieron los hombres hácia el descubrimiento de la imprenta. Los fabricantes de naipes se aprovecharon del descubrimiento de imprimirlos con moldes, estampando tambien en los cartones imágenes de santos. Llegaron estas á estar muy en boga.

Este puede considerarse como el paso segundo. Había dos clases de libros de imágenes: unos con textos, y otros sin ellos, aunque en aquellos que no los tenían solían grabarse algunas palabras y sentencias. Los tipos estaban formados de madera. Una estampa de San Cristóbal, que es la mas antigua de la primera especie, y que se conserva en el gabinete del conde Spencer, tiene al pié tres cortas sentencias, grabadas é impresas juntamente con la imagen, en 1423.

El mas celebrado de los libros de imágenes sin texto, es la *Biblia pauperum*. Consta de 40 láminas de imágenes y figuras con sus correspondientes sentencias, grabada cada lámina en una sola carilla de papel. Esta obra parece designada como un catecismo de la Biblia, y se vendía por bajo precio á los muchachos y gente vulgar: la que se conserva en el dia carece de fecha.

Hay otra obra que contiene un sistema de memoria artificial, grabado con moldes de madera del mismo modo que la *Biblia pauperum*, y tiene el texto separado de las figuras, distribuidos unos y otros en quince láminas para cada materia. Los caracteres son muy anchos, pero como observa M. Orne, de todos los antiguos libros de imágenes que precedieron á la invencion de la imprenta, el *Speculum Salutis*, es sin disputa el mas perfecto, tanto por su diseño como por su ejecucion.

Consiste en una coleccion de pasajes históricos sacados de la Escritura y algunos pasos de la historia profana. Esta obra llegó á hacerse muy popular; tuvo varias reimpressiones, y se tradujo al alemán, flamenco y

otros idiomas. Es evidente que el método usado por los impresores de estampas seria en breve seguido del descubrimiento de los tipos de madera movibles y sueltos, preparándose grandes mejoras con esta mudanza; pero no se ha conservado dato ninguno que asegure esta verdad, y solo hallamos que se imprimían de este modo las letras mayúsculas de algunos libros.

Es cierto que muchos anticuarios han sostenido que Luis Coster de Harlem los inventó y se sirvió de tipos sueltos, y que practicó en su patria la operacion de imprimir con ellos, debiéndose considerar, por tanto, como inventor original del arte de imprimir. Pero está probado que esta suposicion carece de fundamento; que jamás se usaron tipos de madera; que las pretensiones de Coster carecen de suficiente base, y que el arte de imprimir con tipos sueltos de metal, como en el dia se practica, fué inventado por Juan Guttemberg, natural de Maguncia, en el año de 1438.

Tres años antes de la citada época hizo Guttemberg una contrata de compañía con tres ciudadanos de Strasburgo, por la cual se obligaba á revelarles un secreto que á todos les enriqueceria: habiendo muerto uno de los compañeros, comenzó un pleito con el otro, á causa de haber desaparecido de la tienda algunos de los instrumentos mas necesarios para los usos de ella. En el discurso de esta litis probaron cinco testigos, entre los cuales habia un criado de mucha confianza de Guttemberg, que era este el primero que habia practicado el arte de imprimir con tipos sueltos. Fué el resultado la disolucion de esta compañía. Existen todos los documentos de este proceso, y se han publicado en alemán. Despues de esto volvió Guttemberg á Maguncia, pobre en verdad, pero no desanimado. Se duda si hasta entonces habia impreso cosa alguna. Heineken, que ha investigado este asunto con gran diligencia y trabajo, opina que Guttemberg, se arruinó á si mismo y á sus compañeros, sin haber podido producir una sola hoja limpia y legible.

Sea como fuere, en 1450, hizo compañía en Maguncia con un tal Juan Fust. Parece que al principio recurrieron á los moldes de madera, y en seguida probaron letras sueltas de la misma materia ó de metal, que labraban con un cuchillo; pero todos estos experimentos tuvieron á cual peor resultado; deshizose por consiguiente la compañía, pues con motivo de los grandes desembolsos que se le originaron á Fust, propietario de los intereses invertidos en imprimir la Biblia en latín, le puso pleito á Guttemberg, y este se vió obligado á ceder á Fust todo su aparato de imprenta.

Se ignora si durante su compañía descubrieron el arte de fundir caracteres de metal que se habian visto antes precisados á labrar con la mano, ó si esta importante mejora fué descubierta por Schoefer, sugeto ingenioso que les asistía en aquel tiempo, y á quien Fust admitió despues en la compañía. La opinion general es que la primera idea de usar punzones y matrices para fundir tipos de metal, se debe á Schoefer. Este ciertamente mejoró mucho el método, haciéndolo mas fijo, fácil y expedito.

No desanimó á Guttemberg esta segunda desgracia; estableció otra imprenta, la cual regentó hasta el año de 1465, en cuya época obtuvo un destino bien dotado en el palacio del elector Adolfo. Entre tanto Fust, en union con Schoefer continuaba en sus tareas tipográficas. En el mes de agosto de 1457 publicaron una hermosa edicion de los Salmos.

Esta es una de las obras mas antiguas que han llegado á nuestras manos, y tiene el nombre de la ciudad, la fecha exacta de su publicacion y el nombre de sus impresores. Tomada la ciudad de Maguncia en 1462, padeció mucho la imprenta de aquellos, y la mayor parte de sus empleados se esparcieron por varios países, diseminándose de este modo en toda Europa el arte de imprimir. Los principales sin embargo, continuaron sus trabajos en Maguncia.

El nombre de Fust aparece en un tratado de Ciceron, impreso en 1466. En todos los libros posteriores, se cuenta solamente el nombre de Schoefer, el cual continuó en su ejercicio hasta su muerte, acaecida en 1502, sucediéndole su hijo. Ya hemos expresado la fecha y causa de la dispersion de los oficiales de Fust y Schoefer, y la extension consiguiente del arte de imprimir por toda la Europa; ahora señalaremos los respectivos períodos de su primera introduccion en los principales reinos del continente, junto con algunas anécdotas interesantes. El primer libro impreso en Roma fué, *Cartas de Ciceron á su amigo*. La fecha de su impresion, año de 1457. Fueron los impresores Conrado Swein é Yn, y Arnoldo Panars.

Dejaron estos la Alemania para trasladarse á Italia, en 1465, despues de haber cursado su aprendizaje con Fust y su compañero. Establecieron al principio en el monasterio de Lubeaco, cerca de Roma, donde imprimieron las obras de Laclancio, asistidos y patrocinados por los monges que pertenecían á la orden de San Benito, y poseían mucha instruccion y riquezas. Trasládronse en seguida á Roma en donde les acogió muy bien Juan Andreas, bibliotecario del papa.

Este no solo les suministraba los manuscritos de mas valor que habia en el Vaticano, sino que tambien les preparaba las copias, corregía las pruebas, formaba dedicatorias, discursos preliminares, etc. A pesar de la proteccion que hallaron en todas partes, se vieron precisados á solicitar del papa socorro y auxilio, en 1472, habiendo impreso en los siete años anteriores veinte y ocho obras distintas, algunas de mucho volumen y costo, y cuyas impresiones ascendían á 12,475 tomos.

Despues de expresar en su peticion, que habian sido

ellos los primeros que introdujeron este arte en los dominios de Su Santidad, y el número de volúmenes que habian impreso, añadían que tenían la casa llena de libros y cuadernos, pero desprovista de las cosas mas necesarias para la vida. Como estos impresores siguieron sus tareas por mucho tiempo despues, se supone que el Santo Padre no despreció su solicitud. Las *Cartas de Ciceron* constituyeron el primer libro escrito en Venecia.

Su fecha es de 1469, y el nombre del tipógrafo Juan de Spira. Este y su hermano, tambien del mismo ejercicio, eran naturales de Alemania, y excedieron á todos sus predecesores en la belleza de los caracteres que emplearon, y en la elegancia de sus impresiones: dos sugetos muy instruidos les servían en clase de correctores de imprenta.

Los Spiras fueron los primeros que aplicaron el arte á la publicacion de los clásicos sobre un plan muy metódico y extenso. Por una orden del Senado, dada en 1469, el privilegio exclusivo de imprimir las *Cartas de Ciceron y Plinio* les fué concedido por cinco años, á consecuencia de la belleza de sus impresiones. Venecia se hizo célebre por su fundicion de tipos, con los cuales surtía á todos los impresores de Roma.

Uno de los mas nombrados del siglo XV, llamado Coburger se estableció en Nuremberg. Sus contemporáneos le llamaban *el príncipe de los libreros é impresores*. Sus trabajos ocupaban diariamente veinte y cuatro prensas y cien hombres, además del trabajo sobrante que repartía entre los impresores de Basilea, Pairs y Lyon. Sus libros, que por la mayor parte constan de obras de teología y cánones, sobresalen por la negrura de la tinta, la limpieza y lo cuadrado de sus tipos, la buena calidad del papel y la excelencia del trabajo de prensa.

La primera obra impresa en Paris, lleva la fecha de 1470. Imprimieronla tres alemanes, naturales de Colmar. Al establecer su oficina, los copistas de Paris hallando cuán grandes perjuicios amenazaban sus ocupaciones, presentaron un memorial al parlamento, pero Luis XI intermedió en favor de los tipógrafos.

Este monarca que, en medio de todos sus defectos era un decidido fomentador de la literatura, envió á un francés llamado Nicolás Senson, á Maguncia en 1470, para que aprendiese el arte de imprimir; pero á causa de las disensiones que destruyeron á la Francia, poco despues se estableció Senson en Venecia, en donde se ejerció en este arte, desde 1470 hasta 1480.

Este impresor introdujo grandes mejoras, y redujo á sus proporciones actuales los caracteres llamados *brevariario*; así es que sus obras son justamente consideradas como muy perfectas por todos títulos. El primer libro impreso en Nápoles, data en el año de 1471. Dos años despues se introdujo la imprenta en Buda, ciudad de Hungría. En 1474 se imprimió la primera obra en Basilea, ciudad de Suiza. En el mismo año apareció un libro impreso por los monges de un convento en el Ringau.

Estos religiosos eran del orden de San Agustin, y estaban obligados por sus institutos á copiar las obras de los Santos Padres y escritores eclesiásticos, como medios de subsistencia y parte de la obligacion á que estaban constituidos. Habiéndoles privado de estos recursos el descubrimiento de la imprenta, se aplicaron inmediatamente á aprender y practicar este arte, y así procuraban al mismo tiempo los recursos de su subsistencia, y llenaban el espíritu de su instituto.

El primer libro impreso en Bohemia tiene la fecha de 1476, pero se ignora el nombre del impresor. Un pintor alemán, llamado Juan Snell, fué invitado á establecerse en Suecia, por Stein Sture, administrador del reino en aquella época, é imprimió la primera obra en 1483.

Juan Malison, natural de Suecia, y protegido por el obispo de Orun, en Islandia, introdujo el arte de imprimir en aquella lejana é inculta isla, por los años de 1531. La primera obra impresa en España es el *Compendium*, publicado en Valencia en 1475. Un ejemplar de esta obra se halla en la Biblioteca Nacional de Madrid, y otro existe en Barcelona, en poder de un amigo nuestro. En 1489 se imprimió en Portugal el primer libro que consta del Pentateuco, en lengua hebrea, y se colige por los nombres de los impresores, que estos eran judíos. Introdújose en Dinamarca este arte en 1493, publicándose un tratado de gramática. Tres años despues se publicó en Provins la primera obra impresa, respectiva á asuntos mercantiles, y en 1499 se imprimió el *Catolicon de Bretaña* en lengua bretona, francesa y latina.

La primera obra que se imprimió en Moravia fué en el año de 1500: contiene una disertacion contra los Baldenses. En 1560 un comerciante ruso habiendo comprado una gran cantidad de tipos y varias prensas, introdujo en Moscou el arte de imprimir.

El populacho, no obstante, instigado, segun se supone, por algunos fanáticos, destruyó la oficina, tipos y prensas.

Los libros impresos mas antiguos, estaban comunemente en folio ó 4º. El antiguo carácter gótico se mudó en 1465, en una clase de semi-gótico, como se ve en el *Lactancio* impreso en Lubeaco.

El tipo romano se usó primero en Roma en 1467, perfeccionándolo despues el mencionado Nicolás Senson. El célebre impresor Aldo Manucio inventó los tipos itálicos, á fines del siglo XV. Este tipógrafo cuidaba tanto de corregir las pruebas que jamás imprimía arriba de dos pliegos cada semana: imprimió en 8º un gran número de libros latinos é italianos, los cuales estaban ejecutados con mucha elegancia y correccion. En

la edicion de las obras de Marco Tulio, impresas en Maguncia, por los años de 1465, se hallan algunos tipos griegos. En el mismo año habiendo reunido Sweynheim y Pannartz un corto número de tipos griegos, empezaron á imprimir el *Lactancio* arriba referido; pero antes de concluir la obra, parece que ya tenian los tipos suficientes, pues siempre que ocurre una larga cita en la primera parte de la obra, se deja en blanco el sitio que deberian ocupar, al paso que desde la mitad de la obra hasta el fin, todas las referencias griegas se hallan impresas sin excepcion alguna.

El primer libro griego que se imprimió en Milan, por los años de 1476, es la gramática de Lascaris. Adquirió Aldo celebracion adicional por haber sido el primero que produjo hermosas y correctas ediciones de obras griegas. Soncino fué el primero que imprimió con caracteres hebreos, dando á luz una edicion del Pentateuco, en la ciudad de Milan, por los años de 1482. En 1516 imprimió Pormo en Génova la primera Biblia poliglota, escrita en hebreo, árabe, caldeo, griego y latin; parece que Aldo habia proyectado y aun empezado otra Biblia poliglota en hebreo, griego y latin. Una de las hojas de prueba, en folio, se conserva en la Biblioteca de Paris.

Hasta el año de 1476 ó 1480, se imprimian las portadas de las obras en hojas sueltas. En la infancia de este arte se dejaban en blanco las letras iniciales, para que las pintasen los iluminadores; pero no sobrevivió mucho esta costumbre á la invencion de la imprenta. Raras veces se dividian con propiedad los diferentes miembros de un periodo. Las reglas de ortografía aun no estaban fijadas; y los únicos signos de puntuacion que se conocian, eran el colon, el punto final y una rayita oblicua.

Se supone que nació esta escasez de subdivisiones del deseo que habia de imitar los manuscritos, en cuanto fuese dable. Aldo inventó el punto y coma; pero los signos de admiracion é interrogacion, no se inventaron hasta mucho tiempo despues. Como el papel era muy grueso y de mucha consistencia, y se hacia bastante uso de la vitela, no era difícil imitar los manuscritos. Se sabe, además, que en aquel periodo, la desproporcion que habia entre el precio del papel y el de la vitela, no era la mitad tan grande como en el dia.

Muchos libros impresos en las primeras épocas de la imprenta, están llenos de numerosas y difíciles abreviaturas, y carecen de signaturas y reclamos, así como de los nombres de los tipógrafos, lugares donde se imprimieron, fechas, etc.; y cuando existen estas particularidades en alguno, se hallan colocadas al fin de la obra. Las signaturas se empezaron á usar en 1472 ó 1474, y los reclamos que se ven en algunos manuscritos del siglo XI, se introdujeron en las obras impresas por Spira, en Venecia, hácia los mismos años. En el dia se han desusado casi enteramente, en todos los países de Europa.

Las ventajas que han acarreado al mundo la invencion de la imprenta, y la perseverancia y habilidad de los que consiguieron establecerla, son infinitas y de inmensa importancia: pero siendo demasiado obvias para necesitar que las enumeremos, creieramos abusar de la indulgencia de nuestros lectores, haciendo de ellas una estudiada y pomposa narrativa.

Las producciones del ingenio y de la sabiduría; los anales de la literatura y de las ciencias; cuanto ha producido de mas brillante la imaginacion, ó brotado de mas profundo el entendimiento; cuanto puede embellecer ó perfeccionar el humano espíritu, han logrado una nueva existencia, y se han hecho imperecederos.

La luz de la ilustracion no puede volver á extinguirse; ya es libre, pura, accesible y clara para todos, como el aire que respiramos. La futura historia del mundo podrá quizá contener nuevos recuerdos de calamidades y vicios, mas no podrá presentar otra vez un vacuo universal, ni ver sus páginas mancilladas con la memoria de otro siglo de afrentosa barbarie, ó de completa é infecunda ignorancia.

A. BERGNES.

Trabajos históricos

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

De una Memoria leida á la Academia de la Historia en Madrid por su director que fué durante tres años, el señor don Antonio Benavides, tomamos el siguiente cuadro de los trabajos seguidos é emprendidos por la ilustre corporacion en estos últimos tiempos, y sobre los cuales acompañan doclas observaciones y noticias curiosas. Dice así:

Señores académicos: Cuánta sea mi gratitud á vuestra benevolencia y mi reconocimiento hácia el distinguido favor con que nuevamente me habeis honrado, ni puedo encarecerlo bastante, ni consignarlo de una manera digna en la historia de nuestra Academia. Fiel observador de los estatutos y reglamento, amante de la paz, decidido defensor de la fraternal concordia, que debe siempre reinar en la morada de las ciencias; he visto con singular placer que ni un átomo de discordia ha empañado por un momento siquiera el vivo esmalte con que ha lucido durante seis años la inefable armonía de nuestras discusiones literarias.

Débase tan consolador espectáculo, verificado en tiempos procelosos como los que atravesamos, á vuestra cordura, á vuestro entusiasmo por las letras y las cien-

cias, á vuestro deseo constante de emular y sobrepujar el mérito indisputable y legítimamente adquirido por nuestros mayores en la árdua y complicada tarea de purgar la historia nacional de fábulas y consejas, de ensalzar la verdad, de condenar la mentira, elevando á la altura que merecen estos estudios, que han sido en todas las generaciones la norma del ciudadano, el norte del político y la recreacion del filósofo.

La historia, señores, abarca hoy el conjunto de los conocimientos humanos. Su índole genérica, al paso que escudriña los misterios de la vida vulgar, para deducir, comparando los progresos de la civilizacion, que en el modesto hogar de la familia pobre, no es otra cosa que el aumento del bienestar, traspasa los umbrales del poderoso, le pide cuenta de sus acciones, lo juzga en su fiel balanza y entrega su memoria á las postreras edades, con el aplauso debido á su mérito, con el vituperio que le condeña en la memoria de las gentes. Reyes, príncipes, ministros, ninguno evita su severo tribunal. ¿Cuántos desengaños no nos proporcionan diariamente su estudio? ¿Cuánta conjetura equivocada, qué de suposiciones erradas, hijas de la adulacion contemporánea y restituida á la verdadera luz por la severidad de las instituciones históricas!

El que apareció á los ojos de sus parciales, allá en vida, con la aureola de los héroes, despojado de su poder en el trascurso de los siglos, se presenta con el simple aparato de un mortal. Ni los cetros y coronas, ni las purpúreas vestiduras deslumbran la inteligenza del historiador: dueño de reyes, de emperadores y de príncipes por el derecho indisputable que da el talento, reparte el premio ó el castigo que le place, pesando en su balanza sus virtudes ó sus vicios, su debilidad ó su firmeza, su honra ó su deshonor, sin miedo á su gerarquía, sin temor á su nombre, sin respeto á lo ilimitado del poder que en vida ejercieron.

¿Veis los grandes acontecimientos que en nuestros dias pueblan los ámbitos del mundo con su constante clamoreo? ¿Veis el proceso contemporáneo que ya en pró, ya en contra, forman los órganos de la publicidad, los intérpretes de la opinion, los apasionados ecos de los partidos? ¿Veis esas nubes de incienso que oscurecen el verdadero semblante, los rasgos característicos del hombre que aplauden, ó las injustas inyecciones, los sarcasmos sangrientos, la vil calumnia con que osados le inflaman? Pues bien; en medio de ese torbellino de furor, un registro misterioso está abierto, en el cual, hora por hora se escriben con puntualidad las acciones del que ha de ser juzgado: pasan los dias y los años y los siglos; asiste á la vista del proceso una generacion nueva; lo examina cuidadosamente y pronuncia su sentencia inapelable que inscribe en láminas de bronce la historia en sus memoriales. Así condena y execra á Bellido, censura á Alfonso VI, ensalza á Fernando III, sublima á Doña María la Grande y rehabilita la memoria de Don Alvaro de Luna. Condena la debilidad de los Juanes y Enriquez, trueno contra la ambicion de los próceres, critica el interesado abandono de los procuradores y aplaude la coronacion de Isabel la Católica.

Deber nuestro es por instituto, preparar el proceso de los muertos; buscar y rebuscar con afán las piezas en donde quiera que se hallen; autenticarlas, despojarlas de los atavíos con que la lisonja ó la maledicencia haya podido encubrir la verdad, y presentarlas de esta manera al juicio de la generacion que condena ó absuelve. Tan sagrado es nuestro ministerio: tan imparcial y severa nuestra tarea: tan prolijas nuestras investigaciones: como que de ellas dependen la fama ó la infamia de los que antes que nosotros existieron, mostrando con sus procederés ó un camino llano que seguir en busca de nuevas perfecciones, ó los escollos que hay que evitar en el gran trabajo de la gobernacion de los Estados.

Si tan útiles y trascendentales son las tareas á que nos dedicamos; si en épocas de confusion y descreimiento, como la actual, son poco envidiables los altos puestos á que todos aspiran, y que la moviediza rueda de la fortuna á muchos concede por breves instantes, que no parece sino que á este simbolo con que los antiguos denotaban el curso rápido de las felicidades humanas, un agente poderoso de los tiempos modernos imprime su movimiento, tal es su rapidez; ¿no he de agradecer vuestro voto, que me coloca en un elevado puesto sin merecimientos que lo justifiquen?

Pero ocasion es ya de que oiga la Academia y conozca la parte estudiosa de nuestra nacion las obras que ha dado á luz en estos últimos años; las que tiene preparadas, y el plan que ha de seguir en lo sucesivo para cumplir dignamente la tarea que se ha impuesto hace ya siglo y medio, sin omitir fatiga en medio del decaimiento literario que nos aflige, capaz de producir un desaliento sensible, aun en las almas mas vigorosas y mejor templadas.

Con solo recorrer á la ligera los anales de la Academia, se adquiere fácilmente el íntimo convencimiento de las muchas obras emprendidas en todas épocas, con el mas laudable celo, para ilustrar, coordinar y esclarecer la interesante obra de nuestra historia patria. Herederos de los antiguos cronistas de Castilla y de las Indias, emplearon largas vigiliass los entendidos y laboriosos miembros de este Instituto, en acopiar los materiales que para tan grande empresa necesitaban, sin que decayese un solo instante su varonil constancia por lo adverso de los tiempos, la escasez de fondos y lo colosal de los pensamientos, capaces de arredrar á personas menos ávidas de la gloria que debia alcanzarles al llevarlos á cabo. No todos aquellos trabajos tuvieron feliz éxito: á sus autores sorprendia á veces la muerte; á

otros separaba de sus estudios la ocupacion diaria de los empleos y dignidades que obtenian en la república, y á veces los diversos pareceres en materias de suyo opinables, paralizaban su afán y dirigian su actividad hácia otras empresas en que hallaban mas uniformidad ó mas facilidad en su desempeño.

Pero si bien es cierto, que por estas causas, ó por la falta de método, cosa natural en una corporacion naciente, aunque empezó desde la cuna á dar inequívocas muestras del saber de sus individuos, no concluyeron las obras que emprendieron, tambien lo es que legaron á sus sucesores riquísimas colecciones de antecedentes literarios del mayor mérito, allegadas con el tiempo y á fuerza de paciencia, que han sabido aprovechar con tanta gloria suya como provecho de la historia.

Lastimoso era, señores académicos, el estado en que se encontraban los estudios históricos en los siglos XVII y XVIII. La inteligencia humana, que tenia completamente cerrados todos los caminos para ostentar sus dotes en el campo de la filosofía y de la política activa, que tan á menudo trillaron con varonil planta, á su manera, los procuradores y próceres castellanos, buscó nuevas sendas que recorrer y las halló; pero perdida en medio de las malezas de intrincados bosques, ni sirvió su actividad de faro en medio de tan densas tinieblas, iluminando la lobreguez de aquella noche, ni la España hizo mas que perder los florones de su corona literaria, ni los escritores alcanzaron el renombre que merecian como hijos de una patria en cuyo escudo estaban grabadas tan magnificas empresas, y cuya bandera habia sido saludada por dos mundos con indescriptible entusiasmo.

Es la inteligencia, señores semejante á un rio, que mas necesita cauce que dique: el primero, dirige, encamina, presta utilidad y acude adonde la necesidad lo exige; el segundo, ó contiene ó desborda, ó bien se pierde en mil salidas, débiles ó diminutas, que en vez de fertilizar el suelo, lo esterilizan y descomponen, haciéndolo infructífero y mal sano, corrompiendo las semillas que, en él depositadas, ofrecian antes del estancamiento de las aguas abundante cosecha.

Lanzáronse los escritores, que no fueron pocos á fe, en empresas temerarias al par que triviales; en disputas iusensatas y prolijas; y dando vuelo á su exaltada fantasía, se metieron de rondon en campos vedados por la razon, la verdad y el buen gusto, y no hallando en la tierra pábulo á sus ilusiones y ensueños, con serilega proanacion penetraron en el cielo, y Evangelios, y apóstoles, y concilios, y patronos, y santos, todo cayó bajo su jurisdiccion despiadada; de tal manera, que la historia eclesiástica presentó á poco la imágen del caos, sin que bastasen á contener aquel torrente asolador, ni las bulas de los pontífices, ni las opiniones de algunos varones eminentes en ciencia y en virtud.

Descendieron los impostores del Empíreo, donde dieron su primera acometida, y perturbaron á seguida la república con los cuentos de hazañas de héroes que no habian existido; con la invencion de linajes, con la creacion de figurados fundadores de casas, á tal punto, que la familia y la propiedad andaban en incierto y á la merced de los escritores, de fingidos y engañosos cronicones, que repartian á su gusto y solaz la nobleza, el alto origen, la santidad, y hasta la gloria celestial, segun su capricho, ó quizás, con miras no muy honestas y desinteresadas.

La real Academia de la Historia tiene la gloria de restauradora de la Historia de España. Todos sus trabajos, que no son pocos, tienden desde el primer dia á ensalzar la verdad, condenando la ficcion; á separar la leyenda de la historia; á acoger la tradicion con las debidas reservas, y acudiendo á las fuentes originales, beber en sus aguas, clarificadas ya por el útil y único procedimiento de la mas severa critica. Desde que se publicó el tratado de *Cronología para la Historia de España*, escrito por don Martin de Ulloa, aficionado, ilustrado, y en algunas partes corregido por el señor don Pedro Rodriguez Campomanes, hasta hoy no ha cesado nuestra real Academia de influir ventajosamente en el progreso de la ciencia histórica, suministrando materiales para escribirla con pureza, y descubriendo ocultos tesoros que yacian arrinconados y fuera de la comun jurisdiccion de escritores y lectores; y esto siempre en tiempos preñados de incertidumbre, y sin otra recompensa que la que presta el amor á las letras, y el legítimo orgullo que dan á su autor las obras meritorias.

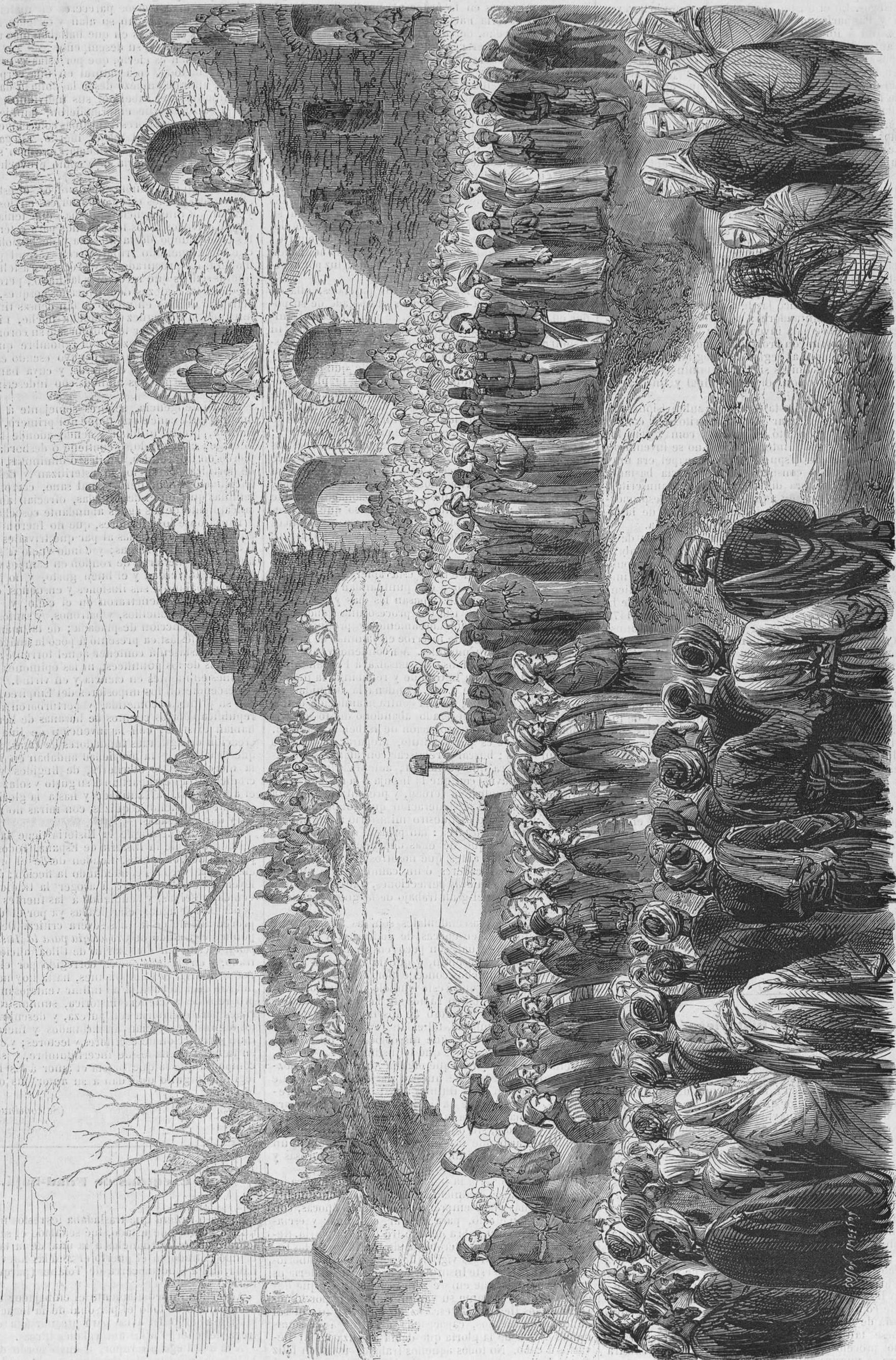
(Se continuará.)

Exequias de Fuad-bajá.

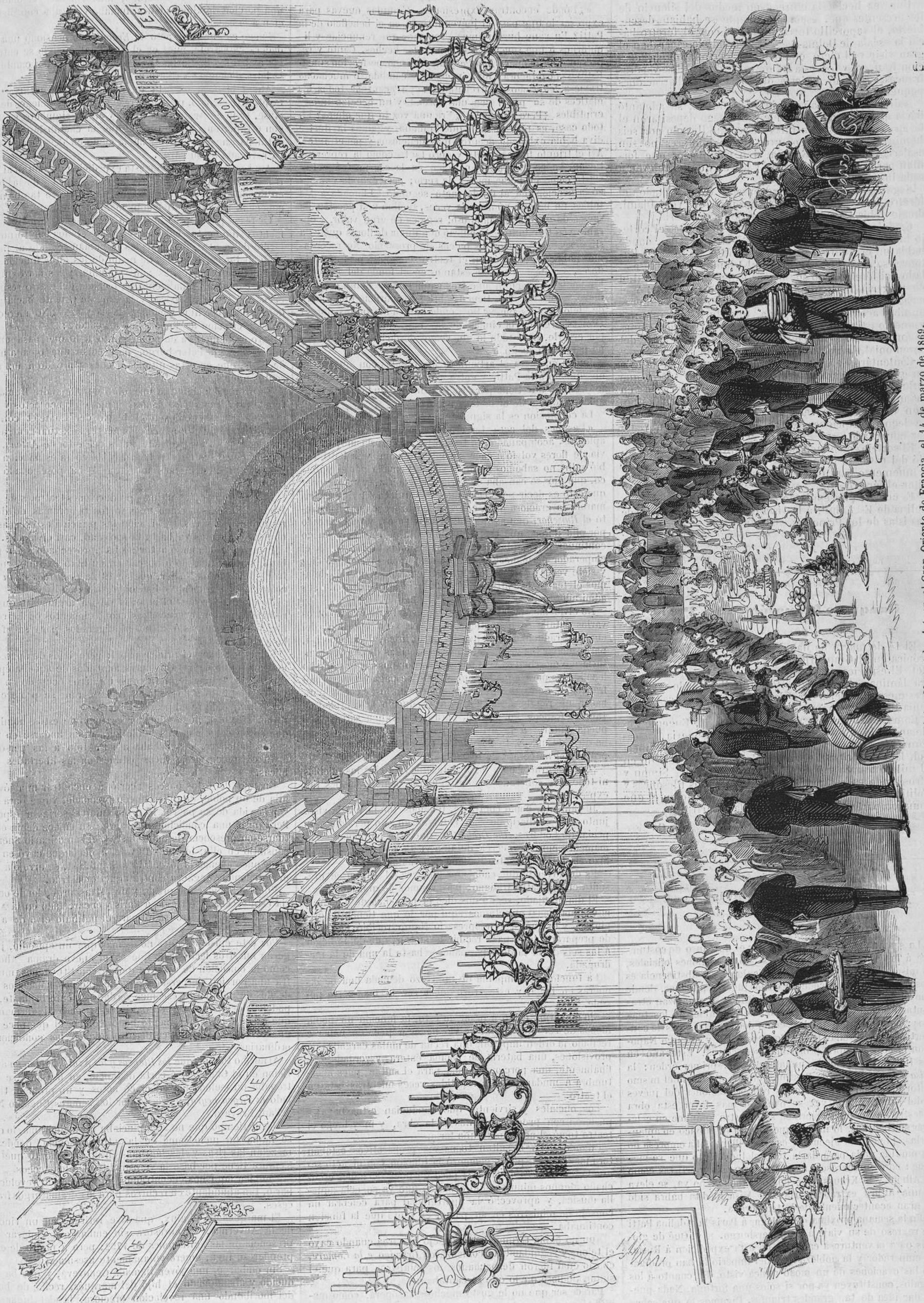
El aviso *Renard* que trasladaba los restos mortales del ilustre hombre de Estado, fué señalado el sábado 27 de febrero en los Dardanelos á la una de la tarde, y habiendo entrado en el puerto el 28 á las nueve de la mañana, fué á fondear cerca de Tofane (parque de artillería.)

Advertido inmediatamente el embajador de Francia, acompañado de todo el personal de la legacion francesa, pasó á bordo del aviso para presidir á la solemne entrega del cuerpo á las autoridades turcas.

A la una llegó un vapor, á cuyo bordo estaban Kabuli-bajá, ministro del Comercio, Mahmud-bajá, minis-



Exequias de Fuad-bajá en Constantinopla.



PARIS. — Banquete dado por la logia masónica Mars et les Arts en el Gran Oriente de Francia, el 14 de marzo de 1869.

tro de Marina y varios altos funcionarios turcos encargados de recibir el cadáver.

Una vez hecha la entrega en medio del silencio de los presentes que, espontáneamente se habían descubierto, el vaporcillo turco se dirigió con el féretro hacia la escala de Dolma-Baghtché, donde le esperaban el gran visir y el clero otomano. El personal de la legación francesa y los estados mayores de los dos vapores franceses seguían á cierta distancia en embarcaciones pequeñas.

Aali-bajá, acompañado de su comitiva, se adelantó hacia el embarcadero, donde muy luego depositaron el féretro, que puesto en unas varas, fué llevado por seis hombres, según el uso turco. Estos hombres no son asalariados como en Europa, sino voluntarios que forman parte de la asistencia, y así es que se relevan á cada instante.

Seguido del gran visir que parecía muy afectado, el féretro llegó en breve á la mezquita de Yeni-Djami, donde debía tener lugar la ceremonia ordinaria.

Con efecto, al llegar al patio de la mezquita, el cortejo hizo alto y el féretro fué puesto en las gradas, donde había un crecido número de ulemas y de imanes. Entonces se adelantó el Cheikh-ul-Islam y poniéndose al lado del féretro, con sus brazos extendidos y en actitud de plegaria particular de los musulmanes, recitó el *namaz* de costumbre: la mayor parte de la muchedumbre acompañó la plegaria, que duró diez minutos y que constituye casi toda la ceremonia religiosa, pues la formalidad de lavar el cuerpo, que es otra parte del ceremonial, había tenido lugar en Niza.

Contentáronse, pues, con sacar el cuerpo de la caja en que estaba para colocarlo en un féretro turco, que cubrieron con pañuelos de cachemira conservados en las mezquitas para este uso, encima de los cuales ponen un pedazo de seda de Brusa carmesí, en el cual se leen inscripciones turcas bordadas de plata, y un fez encarnado.

El cortejo, escoltado por una multitud compacta, salió del patio de la mezquita y se puso en marcha solemnemente para llegar al Turbé, donde debían depositar el féretro.

El cuerpo fué sepultado en la vertiente oriental de la colina de Estambul, á la vista del mar de Mármara y de las islas de los Príncipes.

G. B.

Banquete frmasónico en Paris.

El 14 de marzo ha habido una fiesta fraternal filantrópica en el Gran Oriente de Francia, de la calle Cadet. El espacioso salon que se ve representado en nuestra lámina, estaba brillantemente iluminado y tenía tres mesas paralelas cargadas de flores y de luces: aquí tenía lugar el banquete fraternal y libre.

Como de costumbre, hubo discursos. M. Eugenio Pelletan habló orgullosamente de la masonería tan calumniada y cuyos principios son: la caridad, la libertad, la abnegación y el amor. M. Montanier, insistió en el mismo asunto y luego M. Bancel, M. Jules Simon y otros oradores trataron largamente materias filosóficas y políticas. La fiesta concluyó con un concierto en el que tomaron parte diferentes notabilidades artísticas.

J. C.

Revista de Paris.

La semana santa ha venido á dar el descanso de costumbre á las diversiones parisienses. En los salones oficiales, lo mismo que en las casas particulares, la abstinencia es absoluta; pero no sucede así en los lugares públicos, donde con el pretexto de conciertos espirituales se organizan otras tantas funciones. El viénes únicamente se cierran los teatros; pero para eso quedan, como decimos, las salas de conciertos, y entre ellas la del Conservatorio y el Circo Napoleón ofrecen siempre programas seductores. Este año en los Italianos ha habido un atractivo de primer orden: la *Misa solemne inédita* de Rossini, que con el *Stabat* del mismo autor ha hecho el gasto en las representaciones del juéves y del sábado. Cada vez se oye con mas favor esta obra maestra de Rossini: la crítica se muestra unánime en celebrar sus bellezas, lo mismo que lo está el público en aplaudirlas. ¡Luego la ejecución es tan brillante! La empresa no ha omitido nada para darla todo el lucimiento que se merece: coros numerosos, magnífica orquesta y artistas como la Alboni y la Krauss, que como hemos dicho ya, se eleva á una altura extraordinaria. La Misa inédita habrá sido el gran acontecimiento de la temporada.

En la semana próxima debe llegar á Paris la Adelina Patti de regreso de su viaje á San Petersburgo. ¡Ay! Qué de glorias para la venturosa cantante en esta expedición á Rusia. El emperador y la nobleza toda del imperio la han prodigado las ovaciones de un modo nunca visto. En cuanto á los regalos, constituyen ya por sí solos una fortuna. Nada puede dar idea de tan grandes triunfos. Oigamos lo que sobre

esto dice el *Diario de San Petersburgo* que, seguramente merece ser traducido en todas las lenguas:

«¿Dónde encontrar expresiones, fórmulas nuevas para expresar lo que pasó el juéves último, en el beneficio de la Patti? En vano buscaríamos. Tenemos que renunciar y limitarnos á una sencilla relación de los hechos. Cantó y representó en la ópera *Don Pasquale* con una perfección sumamente encantadora: niña inocente y cándida, ó muchacha traviesa, caprichosa, arrebatada, supo acentuar todos los matices de su papel con una verdad y un hechizo indescriptibles. ¡Pero su voz!... ¿Era una voz lo que oímos? En todo caso, es una voz mas que humana, y jamás la ilustre diva había exhalado acentos mas deliciosos y penetrantes. Así el triunfo fué completo y duró tanto como la representación. La acogida á su aparición en la escena fué entusiasta como no podía menos de serlo; pero cuando comenzó la ovación fué al fin del acto segundo. Llamada á las tablas un infinito número de veces, recibió una porción de ramos de un tamaño fabuloso, regalos de gran valor, y durante veinte minutos, la cubrió una lluvia de flores que caía sin descanso de todos los palcos de proscenio. No recordamos haber visto jamás en el teatro semejante profusión de flores, y nótese bien que estamos en el fondo del golfo de Finlandia, que oculta nuestros caminos una densa capa de nieve y nuestros rios tienen sobre su superficie una costra de hielo de tres pies. ¿De dónde han salido tantas flores? ¿Petersburgo es la ciudad de las maravillas? Acabaremos por creerlo, pues todo lo que vemos desde hace algun tiempo parece un sueño.»

Luego enumera el articulista los regalos con que se ha obsequiado á la Patti, y entre ellos señala particularmente un aderezo que tiene por ornato principal un brillante magnífico, rodeado de otros mas pequeños.

La conclusion es la siguiente:

«Después del acto tercero estallaron nuevamente los aplausos, acompañados de trasportes de entusiasmo; la lluvia de flores volvió á caer sin interrupción, y la Patti debió salir, no sabemos cuántas veces, llamada por el público, que no se cansaba de verla ni de oirla, y no se crea que esto es decir por decir, pues á la quinta vez que la llamaron, la graciosa diva, con sus deliciosas coqueterías cantó el *Ruiseñor*, que agrada tanto á los rusos, y que cantado por ella parece que en efecto, lo canta el ruiseñor. Luego continuaron los aplausos y las salidas á las tablas. S. M. el emperador permaneció hasta que se hubo presentado diez y siete veces: después perdimos la cuenta, y cuando dejamos el teatro la Patti aparecía todavía á los gritos de sus admiradores...»

No olvidemos para completar tan asombroso cuadro otros varios detalles que contiene el artículo en cuestion, del cual no traducimos mas que la parte lírica, digámoslo así, para señalar los grados que marca á orillas del Neva el entusiasmo moscovita. Así pues, el escritor nos dice que hubo localidades para aquella función que se pagaron hasta mil francos, y que una suscripción abierta en los casinos para hacer un regalo á la Patti ha producido la cantidad de 150,000 francos. Por último, para que ninguna satisfacción pueda faltarle á la artista privilegiada, el emperador la ha dirigido una carta de elogios, acompañada de un regalo propio del autócrata de todas las Rusias.

¡Qué desgracia para los artistas que no todos los pueblos ni todos los soberanos se entreguen á demostraciones tan expresivas!

Justamente, como contraste, tenemos tambien á la vista junto con el diario de San Petersburgo, un periódico especial de Londres, *the Orchestra*, que trae pormenores sumamente curiosos acerca de una visita que dias pasados hizo el sultan al Teatro Italiano de Constantinopla.

Es de advertir que cada año una vez el sultan se presenta en el Teatro Italiano; pero veamos de qué modo.

El dia prefijado, según nos dice el periódico de Londres, cuyas noticias extractamos aquí por lo que tienen de originales y extrañas, el empresario Naum recibió la orden de prepararlo todo para recibir al sultan, que debía llegar á las seis de la tarde y permanecer hasta la una de la madrugada.

La función se componía de un trozo de cada una de las óperas en boga, y este trozo debía ser lo mas corto posible.

Sin embargo, como á pesar de esto, la función no podía menos de ser muy larga, se vió llegar á poco de haberse recibido la orden imperial, una recua de mulas cargadas de provisiones, una batería de cocina entera y verdadera, y finalmente, una porción de ropa para el sultan, pues acostumbra á mudar de traje repetidas veces mientras está en el teatro.

Los oficiales y sirvientes que conducían estos bagajes pusieron con prontitud manos á la obra, y muy luego el teatro tomó el aspecto de una feria.

Cuando llegó el sultan todos los preparativos estaban terminados, y al punto comenzó la función con el acto segundo del *Barbero de Sevilla*; pero después de haber escuchado algunos minutos, dijo el sultan que ya conocía aquella música, y aprovechó la oportunidad para celebrar un consejo de ministros en su palco, en tanto que la función continuaba.

Aun no había terminado el consejo su tarea cuando cayó el telón, y seguidamente comenzaron *Crispino e la Comare*, con lo cual fueron despachados los ministros para que el sultan pudiese oír lo que se cantaba.

Parece ser que no le gustó mucho esta ópera, como manifestó sin rodeos al chambelan ministro del departamento

musical, que era el único que se había quedado en el palco, en tanto que el soberano, muellemente reclinado en una porción de almohadones, fumaba y miraba con distracción á la escena.

Luego cantaron un acto de *Ernani*, que ocasionó una verdadera catástrofe, pues en el coro final, cuando se entonan las alabanzas de Carlos Quinto, los ejecutantes cambiaron la letra diciendo: «Gloria á Abdul-Azis.»

Ahora bien, al oír esta monstruosidad, el sultan, sumamente exasperado, pues aborrece las demostraciones de esta clase, salió del teatro con furia, y el dia siguiente se supo con estupor en Constantinopla que el chambelan ministro del departamento musical había caído en desgracia y estaba revocado de su cargo.

Aquí acaba la noticia de esta expedición del sultan al Teatro Italiano; pero luego hay una descripción de la plaza en donde está situado ese teatro, que merece tambien ser conocida, porque es un complemento importante.

La plaza pues, presentaba la apariencia de un campamento: quinientos caballos estaban atados en torno del jardín del centro, los soldados se habían tendido al pié de sus pabellones, las sillas de mano de los altos funcionarios se hallaban diseminadas aquí y acullá, y los mozos fumaban y cantaban. Finalmente, la fachada del teatro resplandecía con la luz eléctrica, y la luna de Oriente hacia palidecer todas las iluminaciones de la plaza. ¿No merecería esta descripción los honores de un cuadro?

Pero es tiempo ya de poner punto á lo que pasa en los teatros de San Petersburgo, para echar una ojeada á los de Paris, que en estas últimas noches han dado á luz diferentes novedades.

En primer lugar figura una obra de Alejandro Dumas titulada *los Blancos y los Azules*, drama en cinco actos y diez cuadros, representado en el teatro del Chatelet con un éxito bastante dudoso. Decididamente, la actual generación no reconoce ya los títulos teatrales del autor de *Antony*. Sus dramas como sus novelas han decaído en la estimación pública; otra escuela mas moderna se ha posesionado del campo.

A decir verdad, las últimas producciones teatrales de Alejandro Dumas, son como unos vastos panoramas donde se reproducen á veces sin ilación las principales escenas de novelas conocidas ya hasta la saciedad, casi olvidadas.

Esta vez el afamado autor no ha aprovechado su repertorio, sino que ha ido á buscar en un libro extraño, en un trabajo de Carlos Nodier, que se titula *Recuerdos de la Revolución*, el argumento de su obra.

No emprenderemos el análisis de un argumento que se reduce á presentarnos ciertos acontecimientos de la revolución francesa mas ó menos desfigurados para satisfacer las exigencias teatrales.

Saint-Just hace el primer papel; pero lejos de aparecernos como uno de los tipos mas marcados de aquella época sangrienta, Dumas le pinta como un héroe ocupado en salvar del patíbulo á doncellas que imploran su protección para librarse de republicanos feroces.

Con efecto, Eulogio Sneider era uno de estos hombres que se paseaba con una guillotina, y sin andarse en fórmulas judiciales, despachaba á su antojo á las personas cuya existencia creía incompatible con las libertades públicas.

En uno de estos paseos acertó á encontrar una jóven, hija de un noble, de quien quedó prendado, y que para salvar la vida de su padre, le prometió que sería su esposa. Pero puso una condición, y era que su enlace debía efectuarse en presencia de Saint-Just, y el sanguinario Sneider consintió en ello, lo que equivale á decir que cayó en un lazo, pues apenas la jóven vió á Saint-Just, se arrojó á sus piés pidiendo venganza contra aquel monstruo.

Eulogio Sneider fué preso, y de Estrasburgo, donde ocurría esta escena, fué traído á Paris y encarcelado en la Abadía, de cuyo encierro salió para el patíbulo el 5 de abril de 1794.

Por este episodio, pues no es mas que un episodio, juzgarán nuestros lectores lo que es el nuevo drama. Ahora, como la colección de cuadros que le constituye nos muestra una porción de personajes y de sucesos conocidos rodeados de un aparato escénico verdaderamente brillante, no podemos decir que carece de interés; pero sí afirmamos que es un interés puramente histórico, no el que nace de una concepción dramática desarrollada en las condiciones ordinarias.

Al mismo tiempo que *los Blancos y los Azules* hacían su aparición en el Chatelet, á corta distancia, en la Gaité, se estrenaba un melodrama en cinco actos y un prólogo, titulado *la Virgen negra*, y escrito por los señores Eugenio Nus y Paul Bravard.

Hacia tiempo que no se anunciaba un melodrama, lo que se llama un melodrama de la antigua escuela, donde se mezclan las risas y las lágrimas en un argumento que no siempre tiene por base la verosimilitud de los hechos.

Tambien aquí nos encontramos en el período revolucionario, tan abundante en recursos para los dramaturgos franceses.

El marqués de Chalux, que vive retirado en un rincón de la Auvernia, se apresura sin embargo á emigrar en presencia de las agitaciones de 1792; pero á punto de emprender su fuga, muere villanamente asesinado.

Sin embargo, una jóven llamada Genoveva, y que ha seducido y abandonado el hijo del marqués, recibe de boca del moribundo una revelación preciosa, la del lugar en donde deja escondidas sus riquezas, y el asesino se casa

con la joven, que ignora su crimen, contando con disfrutar de aquel tesoro.

Hé aquí el prólogo, inevitable en todo melodrama. Cuando comienza el primer acto, han pasado nada menos que veinte años, y en todo ese tiempo, Pedro Lefort, que así se llama el marido de Geneveva, lejos de enmendarse, ha dado rienda suelta á sus perversas inclinaciones, y es el hombre peor afamado en toda la comarca.

También en este período el hijo que Geneveva llevaba en su seno al casarse con Pedro Lefort, y á quien pusieron el nombre de James, ha podido hacerse hombre y enamorarse de Teresa, hija de un posadero del pueblo; mas desgraciadamente el posadero se opone al enlace, porque su hija será rica, y James Lefort no heredará otra cosa que la mala nombradía del que le ha dado su apellido.

Ahora bien, la desesperación del joven hace que la tierna madre se decida á descubrirle el secreto del tesoro que se halla encerrado en la *Gruta del diablo*; mas en el mismo instante aparece el hijo del marqués, que exige imperiosamente la restitución de la fortuna que le pertenece.

Entrambos penetran en la gruta, situada debajo de la capilla de la Virgen negra, Pedro Lefort y el hijo del marqués, y al encontrarse, Lefort hiere á M. de Chalux, á cuyos gritos acude gente, y junto á su cuerpo ensangrentado se ve á James de rodillas echándose la culpa del crimen.

Hemos llegado al punto culminante del melodrama, esto es, cuando ya se han apurado todos los horrores, y llega el momento de la expiación.

Con efecto, se descubre quién es el verdadero asesino, y el hijo del marqués no muere, sino que gracias al tesoro encontrado, puede, además de hacerse rico, labrar la felicidad de James, que se casa con Teresa, en tanto que Pedro Lefort se da la muerte.

Los principales actores de la compañía trabajan en esta pieza, cuyo feliz éxito promete una buena serie de representaciones.

En los teatros líricos debemos señalar también una novedad de la última semana, *Vert-Vert*, ópera cómica de M. Offenbach, que estaba anunciada hace tiempo, y no ha sido recibida con la aceptación que parecía prometerse la empresa.

Y es que á la verdad Offenbach, cuyo talento estamos muy lejos de poner en duda, se ha hecho un nombre en un género que no es el de su nueva producción que se presenta con otras aspiraciones: el género bufo, grotesco, digámoslo así, es su gran triunfo, y á nuestro juicio anda desacertado en querer salir de un círculo donde tantos y tan merecidos aplausos ha tenido hasta ahora.

No obstante, en toda justicia debemos decir que su partitura tiene felices inspiraciones, como la barcarola que tan deliciosamente canta el tenor Capoul, un dúo amoroso, la canción de los dragones, etc., y tiene también varias piezas concertantes de indisputable mérito. Luego como la ejecución es excelente, *Vert-Vert*, aun sin haber alcanzado un éxito ruidoso, no dejará de atraer al público.

En cuanto á los Italianos, nada tenemos que añadir á lo que dejamos dicho al principio de esta revista, sino es que el martes próximo oiremos de nuevo á la Patti en la *Traviata*.

MARIANO URRABIETA.

Lamartine.

(Conclusion.— Véase el número 845.)

Un volumen entero sería preciso escribir si no se quisiera pasar en silencio ninguno de los episodios de su vida pública de viajero, de político, de historiador y de poeta. Para hablar dignamente de todo esto, se necesitaría un crítico que prefiriese á las menudencias de su profesión el gozo de la admiración mas ardiente; un biógrafo experimentado que armonizase los detalles con las grandes líneas, un hombre, en fin, bastante superior al espíritu de partido para dispensar al genio de todo lo que no es el noble impulso del alma hácia un ideal de patriotismo y de libertad.

Cuanto mas silencio y sombra ha oscurecido el último período de esta larga vida, mas nos complacemos en buscar en nuestra memoria los puntos luminosos, como los viajeros extraviados en las tinieblas de la noche tratan de reconocer su camino consultando las estrellas. En el pasado de Lamartine, cuya carrera cortó en dos partes iguales la revolución de julio, elegimos desde luego la publicación de las primeras *Meditaciones poéticas* y la recepción en la Academia francesa. Esta vez elegiremos el viaje á Oriente, la aparición del poema *Jocelyn* y la luna de miel republicana de 1848.

La Provenza se acuerda aun y se acordará siempre de aquella primavera de 1832, tan terrible en París, tan agitada en la Vendée, que llevó á Lamartine á Marsella, como estación intermedia entre la Francia desgraciada que acababa de negarle el cargo de diputado, y el Oriente adonde le llevaban misteriosas afinidades. Esta primera decepción política, imperceptible hoy, no hizo mella ninguna en el alma tan serena de Lamartine. Aun podía estrechar en sus brazos todas las mañanas á su querida hija, á la tierna y poética Julia, que ha llorado en tan bellos versos.

En torno de Lamartine, que pensaba entonces en su visita á Constantinopla y á Jerusalem, se agrupaban todas las imaginaciones naturalmente poéticas del Mediodía, todos cuantos hombres no eran insensibles á las seducciones del genio y de la gloria. Al ruido de las tormentas lejanas, entre las amenazas de guerra civil, mientras Laine decía ya: « Los reyes se acaban, » y que no se sabía quién era rey ó reina en Tullerías, Lamartine fué durante un mes el soberano pacífico y liberal del Mediterráneo, como diez y seis años despues debía ser el elocuente é intrépido monarca de las barricadas. Marsella, donde provocó tanto entusiasmo, Arles, en cuyo museo se ve su busto enfrente de las mas bellas ruinas del universo, formaron para él como una segunda patria, una patria adoptiva que hacia una temible competencia á sus queridas sombras de Saint-Point y de Milly. Allí contrajo numerosas amistades que no se han desmentido nunca, ni aun en la mala fortuna. Entre estos discípulos de la Musa, que mas tarde debían ser los cortesanos de la adversidad, llamó en primer término su atención un joven poeta de diez y ocho años, que se dió á conocer con su despedida al ilustre viajero. Las brillantes esperanzas que dió el poeta no han sido defraudadas. Lamartine, antes de morir, ha podido verle de compañero en la Academia francesa, y si hubiese vivido algunos meses mas, le habria oido añadir al elogio de Ponsard, un solemne y melancólico homenaje al cantor de las *Armonías*. Este joven compañero de los dias felices, y amigo tan fiel en la desgracia, es José Autran.

Lo que le costó el viaje á Oriente (me refiero á lo irreparable), es bien sabido. De las *dos partes de su corazón*, que habia llevado consigo, no volvió mas que con una, destinada á sobrellevar todo el peso del sacrificio. Pero su genio salió intacto del inmenso dolor que le causó la pérdida de su hija Julia. Si el hermoso libro en que contó su viaje, halló al pronto alguna oposición y frialdad, fué porque Lamartine, á su regreso, tuvo que crearse un nuevo público, como trató de fundar casi por sí solo un nuevo partido. Fiel á sus recuerdos, no podia permanecer inmóvil en sus ideas. Aquella tierra de Oriente tan llena de atractivos para las imaginaciones contemporáneas, toda de prodigios, de misterios y de ruinas, cuna de la humanidad, tumba de Dios hecho hombre, le reveló á la vez lo que pesan en las manos divinas las dinastías y los imperios, y lo que vale la salvación del género humano en los consejos de la Providencia.

Así sucedió que Lamartine enviado á la Cámara por los electores de Bergues, apareció en una especie de aislamiento que hizo sonreír á los hombres prácticos. La política no es siempre del partido del Evangelio, rara vez eleva sus miradas al Sinaí ó al Tabor. Hablar de caridad cristiana, de dignidad moral, de aspiraciones ó de mejoras sociales á hombres preocupados ante todo con la idea de reprimir motines, de moderar los excesos de la prensa y de crear carreteras departamentales, era querer pasar por un visionario, obstinado en poblar de quimeras el país de las realidades. Entre los colegas de Lamartine consagrados á la prosa por estado y por afición, la calificación de *poeta* tuvo todas las ironías de un epigrama.

Pero muy luego se echó de ver que en una porción de cuestiones debatidas por la opinión y por las Cámaras, cuestión de Oriente, cuestión de regencia, peligros de la coalición, cenizas de Napoleon, el poeta habia andado menos descaminado que todas aquellas inteligencias tan orgullosas. Su elocuencia no por ser poética, dejó de ser sensata y persuasiva. Se necesitó algun tiempo para reconocer esta verdad, pero al cabo hubo que rendirse á la evidencia, y desde 1838 tomó Lamartine en la Cámara el puesto que tanto merecía. Cuando se piensa que los políticos mas eminentes de aquella época se engañaron casi en todas las cosas, que no supieron fundar ni prever nada, se llega á pensar que la poesía tiene algo bueno, y que el desden de los espíritus positivos por los visionarios tiene que sufrir á veces aun en el círculo de los negocios terribles lecciones.

Jocelyn, que se publicó en 1836, fué un oasis en aquel vasto desierto de la política, donde no faltan ni el simoun para extraviar á los viajeros, ni las arenas para cegarlos. *Jocelyn* es Lamartine elevado á su mas alto grado, en la plenitud de sus facultades poéticas, añadiendo una cuerda al teclado de las pasiones humanas, soñando ya una especie de sacerdocio, de soberanía mística, donde esos tesoros de pasión y de poesía se sacrificarían á la dicha humana. El éxito tuvo todo el brillo de una revelación nueva. ¿Quién no ha vertido lágrimas con Laurence y orado con el cura de Valneige? ¿Qué grandeza en esos paisajes alpestres donde la primavera despierta la dormida vegetación y hace brotar los torrentes bajo el hielo, como brotan las fuentes de ternura en dos corazones que se ignoran! ¿Qué de hechizos para las imaginaciones delicadas en esa lucha de la religión y del amor, de la aspiración á la felicidad y del deseo de sacrificio! ¿Cuántas bellas lectoras inclinadas sobre esas páginas ardientes, han dejado flotar sus sueños en esa vaga region en que el dolor tiene su embriaguez, en que la inmolación tiene sus alegrías, en que el cielo abre un refugio á las almas demasiado puras para la tierra! ¿Cuántos jóvenes levitas se hicieron hermanos de *Jocelyn* para amar á una Laurence ideal al través de los vapores del incienso y de las sombras del santuario!

Una ligera mancha hubo en aquel sol de estío, una sola nube en tan bello día, el último quizás que Lamartine consagró á la Musa. A todas las caricias del triunfo se añadió una de esas buenas fortunas inauditas que

los poetas deberían tener por superiores á todas, y que casi siempre descuidan un joven de veinte y cinco años que figuraba ya en primer término por sus obras *Rolla*, los *Caprichos de Mariana*; la *Copa y los labios*, la *Confesión de un hijo del siglo*, se estremeció como todo el mundo á la lectura de *Jocelyn*, y dirigió á Lamartine una epístola, un poema, un grito de admiración dolorosa, que sea cual fuere el nombre con que se designe, merece figurar entre las mas puras obras maestras de la poesía de la Francia moderna. Lamartine no respondió, no pareció comprender que entre el Lamartine de 1836 y este recién llegado, habia menos distancia que entre lord Byron y el Lamartine de 1820. No pensó que aquella rubia y juvenil cabeza apareciera un día junto á la suya en la pléyada inmortal. No era orgullo, ni desden; era esa extraña preocupación de los hombres ilustres que nada ven en su derredor sino á sí mismos. La inexplicable distracción del autor de *Jocelyn* debía sufrir dos castigos: el poco éxito de la *Caida de un ángel* (1838), título que algunos aplicaron al poeta, y la injusticia de la nueva generación, que prefirió Alfredo de Musset á Lamartine.

Pero al pensar en el cantor de la *Caida de un ángel*, en el orador político que se aislaba y mas, en el hombre dotado de facultades excepcionales, aunque destinado á no ser largo tiempo profeta en su país, se siente una atmósfera brasadora como al acercarse una recia tormenta. Es el libro de los *Girondinos* que va á estallar de repente, con el ruido de la tempestad, sobre los amigos de ayer y los adversarios de mañana, sobre la política del pasado y la del porvenir, libro precursor que traía una segunda república resucitando la primera. No se ignora cuál fué la fuerza mágica de este libro, cómo los espectros decapitados recobraron su cabeza, su vida, su aliento, una acción contemporánea; cómo los votos de reforma se cambiaron en grito de revolución, cómo las mesas de los banquetes sirvieron para hacer barricadas, y cómo Lamartine dominó el huracán que no debía tardar en arrebatarle. Sublime durante tres dias, popular durante dos meses, calumniado durante una estación, desconocido y olvidado durante veinte años, parecido á esos personajes de la fábula que la fatalidad castiga por haberse medido con los dioses, pero siempre laborioso como las abejas, cuya miel ya no probaba puro como las nieves holladas por las plantas de *Jocelyn*, Lamartine tuvo una caída igual á su elevación; su soberanía efímera, su popularidad, le valieron el ostracismo en su patria, el mas cruel de todos para el legítimo orgullo de los hombres eminentes.

En aquel destierro dentro de su casa, en medio de la inmovilidad, el abandono y el silencio, en aquella vida de trabajo sin descanso, pues así lo exigía la implacable necesidad, muchos florones dignos de Lamartine se añadieron aun á su corona de poeta: las *Confidencias*, *Grziela*, *Rafael*, *Geneveva*, *Fior d'Aliza*; miles de páginas brillantes en el *Consejero del pueblo* y el *Curso familiar de literatura*, que bastarían para una gloria ordinaria. Pero ¿cómo distinguir en esta inmensa cosecha el grano bueno y la cizaña? Siempre me habia dicho yo que si sobrevivía á mi poeta predilecto, y si tenia el honor de hablar de él, resumiría en cuatro líneas esos años de lucha, de dolor y de decadencia: y preciso es hacerlo así. Apenas han pasado ocho dias sobre esa tumba, y ya por un efecto de óptica que es el desquite de los grandes hombres, todo lo que no era mas que bruma, sombra ó polvo, se desvanece y se borra á los pies de la figura inmortal, que aparece entera, serena y luminosa, con su corona de poesía y su aureola de gloria. Dejemos que hagan su obra la muerte y el tiempo, que esos dos enemigos de las medianías afortunadas serán clementes con Lamartine. Sobre todo guardémonos de la pueril tentación de establecer entre los tres grandes poetas franceses escalas de proporción, ilusorios paralelos. Las clasificaciones de este género, imposibles para los contemporáneos, son indiferentes á la posteridad. ¿A quién le importa hoy saber cuál es el superior, el inferior ó el igual de Corneille ó de Racine, de Molière ó de Lafontaine? No seríamos mas exactos ni mas justos si dijéramos, como ha querido decirse, que Lamartine es el poeta de las mujeres, Victor Hugo el de los artistas, y Musset el de los jóvenes. La mujer completa es la madre; ¿y quién ha encontrado acentos mas penetrantes para cantar las madres y los hijos? ¿qué joven consentiría en ser de otra opinión que las mujeres? ¿qué artista, con tal de que en su alma haya un germen de poesía, sería insensible á los magníficos cuadros de las *Armonías*, á los sublimes paisajes de *Jocelyn*? Lo mejor de todo es confundir estas sutilezas inútiles en una admiración comun: el mejor medio de dar una parte justa á cada uno de los tres maestros de la poesía francesa moderna, es leerlos á los tres, pues los tres merecen ser leídos siempre.

A. DE P.

Embellencimientos de Paris

Y DE SUS INMEDIACIONES.

El square Montholon. — El nuevo puente de Courbevoie.

Entre los veinte y un nuevos squares que ha creado la municipalidad en Paris desde el año 1852, el square Montholon puede contarse entre los que han acogido con mas favor los parisienses.

Efectivamente, ese oasis de sombra, verdura y flores, ha enriquecido con un bonito paseo, un barrio en donde faltaban el aire, la luz y el espacio.

La muchedumbre que le llena todos los días, dice cuánto aprecian ese agradable retiro los ancianos, las madres y los niños.

El square Montholon tiene un estanque que mantiene durante el estío una deliciosa frescura. El estanque se alimenta con un caño de agua que cae de un conjunto de rocas pintorescamente dispuestas por M. Combaz.

Para este jardín se han elegido arbustos de follaje de invierno y de verano, y esta verdura en un square abrasado por el sol tiene la doble ventaja de resistir á los calores del verano y de recrear la vista durante el invierno.

Así el square da á la población circunvecina la eterna primavera de los poetas.

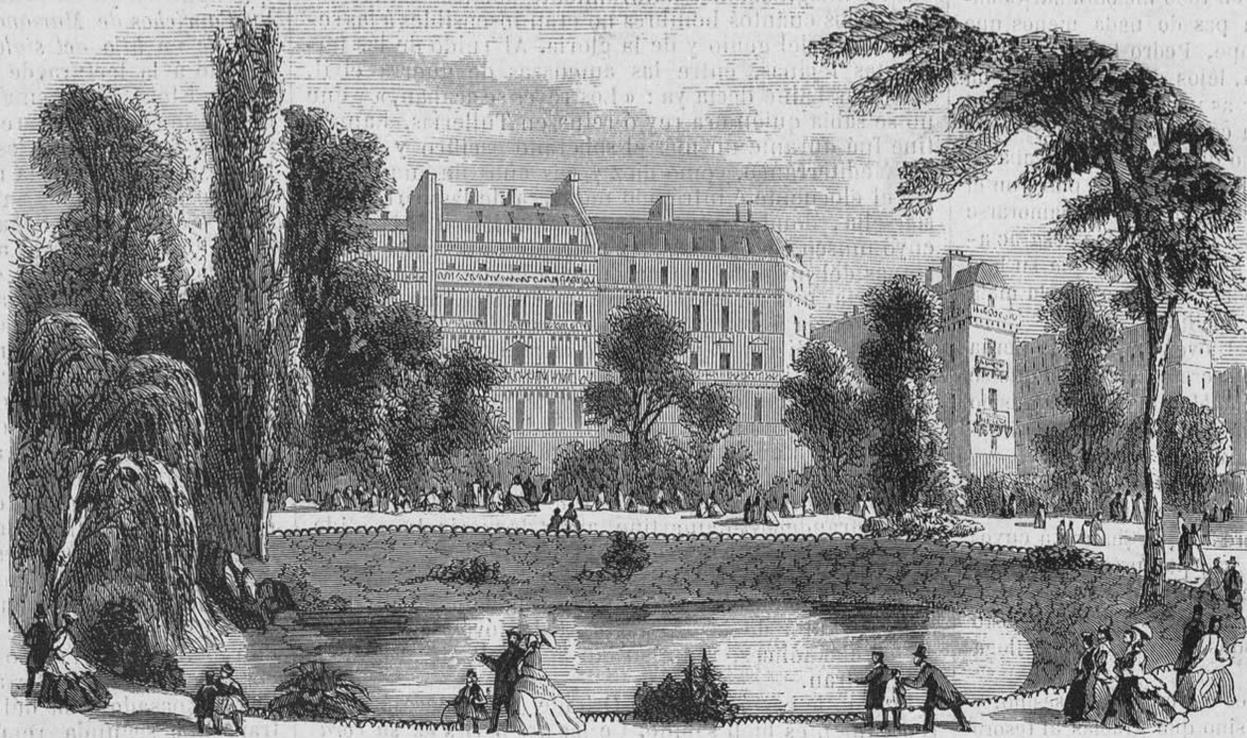
Con el dibujo del square Montholon damos otro que representa el nuevo puente de Courbevoie, situado en el Sena entre Asnières y Neuilly, punto en que el río se divide en dos brazos por una lengua de tierra que tiene dos kilómetros de larga y se llama la isla de Grande Jatte.

El puente atraviesa el mas ancho de los dos brazos que es el de la izquierda, y un arco de hierro construido hace algunos años establece por la otra parte la comunicación entre la isla y el puente de Neuilly. Encontrándose estos dos puentes en la misma línea, completan una vía espaciosa que atraviesa toda la anchura de la isla y de los dos brazos del río. Formando la continuación del bulevar Bineau, que comunica con el de Malesherbes, esta vía pondrá en contacto los barrios de la Magdalena con los caminos de Nanterre, Bezons y Argenteuil.

El nuevo puente de una anchura de 20 metros, tiene tres arcos de 43 metros, 33 centímetros, que representan un espacio total de 130 metros.

El tablero metálico está formado de arcos elípticos, en cuya construcción el hierro y la fundición se han repartido de modo que todas las partes sometidas á la comprensión son de fundición, y las sometidas á la extensión de hierro.

Tanto por el conjunto, como por los detalles, esta



Embellecimientos de Paris. — El square Montholon.

obra se asemeja al puente de Westminster, que existe en Londres enfrente del Parlamento.

En la prueba que se hizo últimamente antes de entregarle á la circulación, se cargaron 346,664 kilogramos sobre cada bóveda. La carga general incluyendo el metal y la calzada pesaba cuatro millones de kilogramos.

El puente de Courbevoie ha sido construido por M. Legrand, ingeniero civil, bajo la dirección de M. de Fontanges, ingeniero de puentes y calzadas, y de M. Beaulieu, ingeniero en jefe del departamento del Sena.

J. B.

Gavarni.

LOS DOCE MESES.

Estos dibujos que publica el *Correo de Ultramar* son los últimos que ha trazado la mano de Gavarni. Fijaba la idea de un croquis y luego trabajaba en éste ó en aquel, según su capricho, unas veces con el lápiz, otras

con la tinta china, otras con los colores, sin concluir ninguno. Juntas llevaba todas estas composiciones que forman un todo y encierran el cielo del año. Gavarni adoptó para los doce meses que ha simbolizado de un modo enteramente nuevo, los nombres del calendario republicano, tan expresivos y armoniosos que habrían debido conservarse. Pero la muerte no le permitió concluir su obra. El hombre no está nunca seguro de terminar lo que empieza; los dedos del espectro invisible bajan la torcida de la lámpara en la mesa del trabajo nocturno, y el artista se encuentra de repente en las eternas tinieblas.

Esta sorpresa de la muerte nos permite penetrar los secretos de ese trabajo tan fácil en apariencia que parece una improvisación, y que sin embargo, está muy meditado en su fondo y en su forma.

Puede estudiarse el dibujo desde el primitivo trazado y se ve cómo el artista planta sus figuras, antes de darlas vida. En los grabados que publicamos de esta serie tan característica, se ha respetado religiosamente el estado en que se hallaba cada dibujo, sin que una mano extraña haya intervenido para completar en lo mas mínimo las breves líneas que á veces contienen la idea toda del dibujo.

No hay para qué decir que Gavarni, el talento moderno por excelencia, el artista que semejante á Balzac no ha copiado nada de la tradición antigua, sino que ha visto siempre sus modelos en la vida actual, no ha buscado en la mitología los dioses, diosas y personajes alegóricos para representar los doce meses de nuestro año, sino que ha elegido entre los tipos de su país aquellos que mejor podían caracterizar las diversas fases de las estaciones. Por ejemplo, en vez de figurar el invierno bajo la forma de un anciano que se calienta las manos, como se ve en los jardines de Versalles, nos presenta un pobre hombre, un abuelo que muy de mañana va á regalar juguetes á sus nietos. Quiere sorprenderlos cuando se despierten para recibir su primer beso. Como hace frío y la nieve cubre algunas construcciones interrumpidas por causa de los hielos, nuestro hombre lleva un pañuelo en la cabeza y su cuerpo va cubierto con un grueso chaqueton. En su semblante se lee la alegría



Cercanías de Paris. — El nuevo puente de Courbevoie.



Obras póstumas de Gavarni. — El mes de Marzo.

que va á causar á sus nietos. Este dibujo es uno de los menos acabados; pero jamás *Nivoso* apareció pintado á nuestros ojos mas exactamente.

No hay necesidad de escribir el nombre de Febrero debajo de la segunda imágen, pues todo el mundo dirá *Pluvioso* al ver á ese desdichado, que con la ropa calada, el pantalón recogido, y dejando ver las cañas de las botas cubiertas de lodo, mal guarecido con un paraguas, camina por un sendero erizado de malezas sin hojas, pero con espinas. Recibe el aguacero con esa sombría resignación que se opone á los enojos inevitables. Gavarni para dar mas fuerza á los toques diagonales que forman la lluvia, los principia fuera de las líneas que forman el límite de la composición. Este dibujo está mas adelantado que el primero.

Marzo ó *Ventoso* se simboliza por un aldeano que se ocupa en sostener sobre su cabeza un sombrero combatido por el aire. Las ráfagas hinchán la blusa del campesino, hacen correr las nubes del cielo é inclinan las yerbas de la tierra. Para caracterizar mejor el mes del viento, en vez del pellejo clásico donde Eolo encerraba al Aquilon, á Boreo, Noto y Céfito, el personaje del dibujo lleva prosáicamente unos fuelles en la mano.

Abril, *Germinal*, que á un pintor ordinario habria dado la idea de una Flora ó una ninfa cualquiera, está representado por Gavarni bajo la forma de un jardinero arreglando una planta y que se sonríe como un hombre que entiende su oficio.

Estos cuatro tipos, aunque son los primeros de la serie, están menos adelantados que los restantes.

Floreal, como llamaba la república al mes de mayo, es uno de esos pilluelos que recogen puntas de cigarrillos y abren las portezuelas de los coches, el cual se ocupa ahora en vender abejorros. Su mercancía se remueve en el fondo de una media vieja, y al hombro lleva una rama de olmo arrancada sabe Dios dónde. Su gorra averiada, su pretenciosa corbata, su blusa vieja, su pantalón roto, su rostro insolente é irónico nos anuncia un Gavroche que anda por malos caminos y que tendrá un mal fin seguramente.

Pero hé aquí en cambio un honrado trabajador. *Prarial* ha hecho crecer la yerba y ahí está el segador, con el sombrero de paja en la cabeza, la funda de la escopeta al talle, preparando su guadaña. Es imposible ver una figura de un estilo mas noble, mas elegante y varonil en su rusticidad que ese segador de Gavarni. Humann, el célebre sastre decía: «Solo Gavarni y yo sabemos hacer un frac negro;» pero el fashionable artista sabia tambien cortar chalecos, plegar blusas y hacer subir los pantalones sostenidos por unos tirantes de orillo.

Mesidor nos aparece con la hoz en la mano, la chaqueta bajo el brazo, la camisa de cualquier modo, el sombrero caído sobre los ojos para resguardarse de los rayos del sol, en medio de oleadas de doradas espigas que se inclinan con el peso del grano. Este segador no es tan hermoso como la antigua Cérés, pero tiene su valor y simboliza perfectamente para nosotros el mes de Julio.

Un vendedor de *coco* con su fuentecilla coronada con una veleta, sus vasos de cobre plateado colgados de las correas, su campanilla que llama á los que tienen sed, y sus dos manos sobre la llave que distribuyen el agua de regaliz, es el emblema de *Termidor*, el mes de los baños y de los ardores caniculares.

Fructidor es un cazador con el morral al hombro, la llave de la escopeta oculta en la blusa por temor de la humedad, la polaina de cuero hasta la rodilla, el sombrero hundido sobre un gorro blanco, que sigue el sendero de las viñas con un aire de Natty-Bumpo, capaz de probar que el héroe de Cooper tiene hermanos en Europa. Si este se vuelve con las manos vacías, ya se puede decir que no ha habido caza para nadie.

En el *Vendimiar* de Gavarni no vemos á Baco ni á las bacantes: un alegre beodo que conoce todas las delicias del mosto, representa muy bien el mes de las vendimias.

Un deshollinador que enseña su blanca dentadura gritando por la calle que está dispuesto á limpiar las chimeneas de arriba abajo, nos anuncia que está aquí *Brumario*. Un pedazo de pared y algunos negros esqueletos de árboles sirven de fondo á esta composición.

Un patinador, no de los que dibujan el 8 en los hielos del bosque de Boulogne, sino un campesino del Norte que va á sus ocupaciones por un canal helado, designa á *Frimario* y cierra este poema rústico de los meses, donde Gavarni aparece como un dibujante hábil y formal renunciando voluntariamente á su chiste para hacer producir efectos á su lápiz.

Ninguna de estas láminas tiene de esos letreros que ofrecen á menudo la tristeza de una máxima de la Rochefoucauld; la sagacidad de un pensamiento de La Bruyere, la profundidad de una observación de Balzac; esta vez Gavarni ha dejado que el dibujo hable solo, y el dibujo aunque mudo, cuenta muy bien todo lo que debe decir. Todas esas figuras ofrecen una seguridad de construcción, una verdad de postura que faltan á veces en las grandes composiciones académicas. Gavarni ha hecho muchos sacrificios á la moda, á la fútil elegancia de las ciudades, pero sabia comprender lo serio de la naturaleza y expresarlo con una sencillez magistral, como puede verse en este conjunto.

En las márgenes de los dibujos originales se ven medio borrados guarismos y signos de álgebra. La cifra era la quimera de aquel cerebro de artista, que mientras dibujaba solia trasportarse al cielo sin fondo de las matemáticas trascendentales.

T. G.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMÁN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuación.)

» Merced á la fatiga del viaje, el calor del aposento y al ponche, mi padre se durmió muy pronto. Yo habia hecho disponer una gran cama que se colocó en el aposento del guarda. Me besó en la frente dándome las buenas noches, y pegando sobre el cubrecama:

» — Vamos, hasta mañana, enano mio, dijo, y en seguida se durmió.

» Pero ¡qué sueño tan profundo! Salté de la cama del guardabosque y le velé toda la noche. Esta ha sido para mí una noche de inquietud y de zozobra. A cada momento escuchaba su respiración. Al día siguiente se despertó muy tarde. En cuanto empezó á moverse en la cama, el guardabosque entró en el aposento, y frotándose las manos, dijo repetidas veces gritando:

» — Y bien, señor Sturm, ¿en qué habeis pensado?

» — Pues ¿qué he hecho? preguntó mi Goliath medio dormido todavía y mirando atónito á todos lados.

» Habia allí una gran baranda causada por el canto de los pájaros, y todo el interior de aquella habitación le causaba tal extrañeza, que no podia discernir si estaba todavía en la tierra.

» — ¿Dónde estoy? gritó: este es un sitio del que no se habla en mi Biblia.

» Entre tanto el guardabosque gritaba siempre:

» — No, jamás habia visto una cosa semejante; hasta que mi padre asustado é inquieto preguntó:

» — Y bien ¿qué sucede?

» — ¿Qué habeis hecho, señor Sturm? gritó el guardabosque. Habeis dormido dos noches y un día.

» — No puede ser, dijo mi viejo; hoy es miércoles día trece.

» — No, dijo el guarda. Hoy es jueves día catorce.

» Así estuvieron debatiendo los dos un rato. Al fin el guardabosque fué á buscar su calendario, del cual habia borrado todos los días trascurridos y tambien el último miércoles con una gruesa raya, y en el cual habia escrito entre sus anotaciones del mártes: «Hoy á las siete ha llegado el padre del mayordomo Sturm; es un hombre robusto que puede soportar mucho ponche.» Y en el miércoles: «Hoy nuestro viajero ha dormido todo el día.»

» Mi padre vió todo aquello, y dijo al fin muy desparovido:

» — Es justo, estaba escrito. El mártes á las siete llegué; la estatura y el ponche están acordes. Miércoles no se cuenta; es hoy jueves, el día catorce.

» Devolvió la agenda y permaneció muy sobrecogido en su cama.

» — ¿Dónde está mi hijo Carlos? exclamó al fin.

» Yo entré entonces en el aposento, con el brazo siempre en cabestrillo, é hice iguales exclamaciones que el guardabosque, hasta que al fin el viejo dijo:

» — Estoy hechizado, ó no sé qué pensar de esto.

» — ¿No ves, le dije, que estoy levantado? Ayer, mientras estabas durmiendo vino el médico, y me permitió que dejara el lecho. Ahora me siento ya bastante fuerte para levantar esta silla con el brazo tendido.

» — Solo eso, nada que tenga mas peso, dijo el viejo Sturm.

» — Tambien he hablado al facultativo respecto á tí, continué; es un hombre muy hábil, y nos ha dicho:

«Una de dos, ó se muere, ó continuará durmiendo. Si duerme todo el día, está salvado. Estas son crisis terribles bastante frecuentes.»

» — En nosotros, en los cargadores, interrumpió Sturm.

» Así le persuadimos á que abandonara el lecho, y estaba de muy buen humor. Pero le vigilé todavía todo el día, y no le perdí de vista un momento. No podia salir del corral, y sin embargo, despues del medio día, estuvimos á punto de perderlo todo, cuando el guardabosque vino á hablarme. Felizmente este habia cerrado la puerta del corral y fué á encontrar al cortijero, al que enseñó la lección. Cuando este entró, mi padre le preguntó desde lejos:

» — ¿En qué día estamos, camarada?

» — Hoy es jueves, día catorce.

» Mi padre soltó entonces una fuerte carcajada y dijo:

» — Ahora creo que es cierto, veo que no me engaño.

» Durmió todavía otra noche en casa del guardabosque, hasta que hubo pasado el aniversario.

» Al día siguiente por la mañana, llevé á mi padre en coche hasta mi morada, y le conduje á la habitación enfrente de la mia, donde habia vivido el agrónomo. Yo le habia arreglado á toda prisa este aposento, y M. de Fink, que estaba enterado de todo, hizo traer del castillo los muebles mas sólidos; colgué á la pared al anciano Blücher, dejé entrar los peti-rojos y puse un banco de carpintero con algunos útiles, á fin de que estuviera con toda comodidad. Entonces le dije:

» — Esta es tu habitación, padre mio; ahora es preciso que vivas en mi casa.

» — ¡Oh! eso no puede ser, enano mio, dijo.

» — Pues no puede arreglarse de otro modo, repuse:

yo lo quiero, M. de Fink lo quiere, M. Wohlfart lo quiere y M. Schröter tambien. Con que ya ves que no tienes mas remedio que ceder. No nos separaremos ya mas por mucho tiempo que debamos estar en este país.

» Al decir esto, retiré mi brazo del pañuelo que lo sostenia, y le hice fuertes reflexiones sobre su antiguo modo de vivir, sobre sus últimas extravagancias de quererse morir, y no callé hasta que se enterneció en extremo y me prometió cuanto quise. En esto llegó M. de Fink, y saludó á mi padre con su ordinario tono de chanza.

» Por la tarde vino la señorita, acompañando al baron. El pobre ciego se alegró excesivamente por la llegada de mi padre. Su timbre de voz le agradó mucho, le tentó á menudo para cerciorarse de su corpulencia, y al despedirse dijo que era un hombre tan grande como su corazón. Y es preciso que el baron lo crea así, porque viene todas las tardes al pequeño aposento de mi padre, y se entretiene en oírle trabajar con el hacha y el cepillo.

» Mi padre está todavía admirado de todo lo que ve aquí, y tambien de que haya pasado un día durmiendo. Esto no está todavía bastante claro para él, y creo que malicia algo, porque con frecuencia en medio de la conversacion me coge por la cabeza y me llama bribonzuelo. Esta palabra reemplaza en sus discursos al antiguo título de enano, aunque para un mayordomo sea peor todavía. Va á dedicarse á la carretería, y hoy ha cortado los rayos para ruedas; lo único que temo es que trabaje demasiado. Soy feliz teniéndole á mi lado y al pensar que todo ha concluido. Cuando haya pasado el invierno, desaparecerá tambien la debilidad de sus piés. Quiere vender su casita, pero á nadie mas que á uno de sus cofrades. Me encarga os ruegue que se la ofrezcais á Wilhelm, que tiene alquilada una habitación en la ciudad, diciéndole que la obtendrá por menor precio que un extraño.»

V.

Ocho días despues de la desaparición del abogado, Antonio estaba sentado en su cuarto escribiendo á Fink. Le participaba que el cadáver de Hippus habia sido sacado del agua á lo último de la ciudad, cerca del malecón, y que la causa de su muerte era desconocida. Un muchacho de la casa en que moraba Hippus contó que la noche de la visita domiciliaria, le habia visto en la calle, cerca de su casa; desde entonces no se le volvió á ver. En aquellas circunstancias un suicidio no era de todo punto inverosímil.

El empleado de la policía sostenia sin embargo enérgicamente que el sombrero hundido hasta los hombros, indicaba la presencia de una mano extraña. Al hacer la pesquisa en la casa, no se habian encontrado los papeles. Las averiguaciones ulteriores no habian dado hasta entonces ningun resultado. Su opinion personal sobre el terrible accidente, era que Itzig debia tener en él alguna parte.

La puerta de Antonio se abrió mientras Wohlfart escribía. El galitziano entró bruscamente en el aposento y puso encima de la mesa de Antonio, sin decir una palabra, unos anteojos viejos con guarnición de acero llena de orin. Antonio miró el demudado rostro de aquel hombre y dió un salto.

— Los anteojos, murmuró Tinkels con voz entrecortada, los he encontrado cerca de la orilla. ¡Buen Dios, jamás he experimentado un espanto semejante!

— ¿De quién son esos anteojos? ¿dónde los habeis encontrado? preguntó Antonio. Presentia lo que el galitziano no tenia fuerza suficiente para decir, y mirando con horror los empañados cristales, añadió: Tranquilízalos, Tinkels, y hablado.

— Esto no puede quedar oculto, esto clama venganza al cielo, exclamó el galitziano presa de una viva agitación. Voy á decirlo lo que ha pasado. Dos días despues que os hube hablado á causa de los cien escudos, fui por la noche á casa de Læbel Pinkus, para instalarme en la sala dormitorio. En el momento en que entraba yo en la casa, un hombre pasó corriendo por mi lado en la oscuridad. Yo me pregunté: ¿Es ese Itzig, ó no? Luego dije entre mí: Es Itzig, ese es su modo de correr; ¡cómo corre! ¡qué prisa tiene! Cuando yo subí á la habitación grande, todo estaba vacío; me senté á la mesa y me puse á arreglar los papeles de mi cartera. Cuando estuve sentado, el viento soplabá fuera y azotaba el balcón, oyéndose un ruido como si hubiera alguien á la parte de afuera que quisiera entrar, pero que no podia abrir la puerta. Asustado, recogí mis papeles y grité: ¿Quién está ahí? que diga quién es. Nadie contestó; pero siempre pegaban á la puerta sin cesar. Reuniendo entonces todo mi valor, tomé la luz, fui al balcón y miré todos los rincones. Yo no vi á nadie y oí todavía pegar delante de mí, y luego un gran crujido. Entonces se abrió una puerta, que no lo estaba jamás, y me dejé ver una escalera que conducia al rio. Alumbrando con la lámpara, ví en los escalones la huella de un pié mojado, y seguí esta huella hasta el aposento. Yo estaba muy atónito y me decía: Schmeie, ¿quién ha subido del rio, como un aparecido, durante la noche, y ha dejado de esa manera la puerta abierta? Eso no te importa, añadí, eso no es de tu incumbencia; y me sentí sobrecogido de miedo. Pero antes de cerrar la puerta, miré todavía una vez hácia la escalera con la lámpara, y entonces ví, abajo cerca del agua en el último descansillo, una cosa que brillaba. Me arriesgué á bajar los escalones uno tras otro, y puedo aseguráros,

señor Wohlfart, que era una operacion muy poco agradable. El viento mugia y soplabá al rededor de mi lámpara, y yo no veía mas que si estuviera en un pozo. Finalmente, aquí teneis lo que he recogido, vedlo aquí, dijo señalando los anteojos; estos son los cristales á través de los cuales miraba.

— ¿Y por dónde sabeis que estos son los anteojos de Hippus? preguntó Antonio.

— Los reconozco por la charnela que está atada con hilo negro. Yo le he visto mas de una vez con esos anteojos en el cuarto con Pinkus. Así es que los recogí y pensé: «Yo no quiero decir nada á Pinkus de esta ocurrencia; se los enseñaré al mismo Hippus, y veré si esto puede servirnos de algo para nuestro negocio.» Y he llevado encima hasta hoy estos anteojos aguardando á Hippus, y viendo que no comparecia, he interrogado á Pinkus, quien me ha contestado: «Pues qué, ¿acaso sé yo dónde se ha metido?» y hoy al medio dia, cuando he llegado á la posada, Pinkus ha corrido á mi encuentro y me ha dicho: «Schmeie, si quereis hablar todavía con Hippus, es preciso que vayais al rio, porque se le ha encontrado en el fondo del agua.» Esto me ha causado tanta sensacion como si me echaran encima un jarro de agua helada, y cuando me ha dicho: «Ve á buscarle al rio,» he tenido que apoyarme en la pared.

Antonio corrió á su pupitre, escribió algunos renglones al empleado de policía que acababa de salir del aposento, tiró del cordón de la campanilla y ordenó al criado que llevara en seguida la esquila adonde indicaba el sobre.

Entre tanto Tinkels, como quebrantado, se habia dejado caer en una silla; miraba fijamente encima de la mesa y murmuraba entre sí palabras ininteligibles.

Antonio, que estaba menos conmovido, se paseaba arriba y abajo de su habitacion, en la que reinaba un triste silencio, que no fué interrumpido hasta que el galitziano, cesando de murmurar, dijo en voz alta:

— ¿Creeis que los anteojos valen los cien escudos que teneis reservados para mí ahí en ese pupitre?

— No lo sé todavía, contestó Antonio concisamente, continuando su paseo.

Schmeie volvió á caer absorto, luego suspiró, frotándose varias veces una contra otra sus temblorosas manos. Al fin levantó la vista y dijo:

— A lo menos cincuenta.

— Dejádme ahora, y no me habéis de vuestro tráfico, replicó Antonio secamente.

— ¿Cómo dejaros? exclamó Tinkels irritado; es necesario que yo salga de una gran inquietud, y que sepa si he trabajado de balde.

Y volvió á caer en su abatimiento.

La conversacion fué interrumpida por la llegada del agente de policía. Este hizo repetir al negociante su relacion, mandó por un carruaje, en el que hizo entrar á Tinkels á pesar de su resistencia, y dijo al despedirse de Antonio:

— Contad con un pronto desenlace. Yo dudo todavía si podré llevar á cabo mi pensamiento, pero para vos se presenta ahora una posibilidad de encontrar los documentos que buscáis.

— Pero ¡qué precio! dijo Antonio.

Los aposentos de la casa de Ehrental estaban espléndidamente iluminados. A través de las cortinas que estaban corridas, una pálida claridad se trasparentaba en la finísima lluvia con que las espesas nieblas humedecían las calles. Algunas ventanas estaban abiertas. Se veían macizos candelabros de plata, brillantes teteras y rica porcelana pintada. Todo estaba barrido, lavado y arreglado. El pavimento estaba nuevamente charolado; y hasta la cocinera habia estrenado una cofia. Se habia limpiado toda la casa, y respiraba por todas partes un aire de fiesta.

La hermosa Rosalía estaba en medio de la concurrencia con un vestido de seda adornado con flores encarnadas, encantadora como una hurí, y pronta á recibir á su feliz desposado. Su madre arreglaba los pliegues del tupido ropaje, y mirando su obra con aire triunfante, decia con un sentimiento de orgullo maternal:

— ¡Qué hermosa estás hoy, Rosalía, mi hija única!

Pero Rosalía estaba demasiado acostumbrada á estos homenajes de su madre, por lo que hizo poco caso del elogio, y aseguró el brazaletes que no queria ceñirse á su brazo.

— ¿Por qué me ha comprado turquesas Itzig? Ha hecho muy mal, porque debia saber que ya no son moda.

— Están muy bien montadas, dijo su madre para calmarla: el engarce es de oro macizo y la hechura es de lo mas bueno y elegante.

— ¿Dónde está Itzig? Hoy á lo menos debia ser exacto. Toda la familia estará pronto reunida, y el novio todavía no se ha presentado, dijo Rosalía con despecho.

— Ya llegará á tiempo, contestó la esposa del antiguo principal de Itzig. Tú sabes cuánto se fatiga y trabaja para que puedas establecerte con esplendor. Eres muy feliz, prosiguió suspirando; entras en el mundo, y eres ya una mujer de buena posicion. Despues de vuestro casamiento ireis á pasar algunas semanas á la corte, donde Itzig te presentará á mi familia, y donde podreis disfrutar tranquilamente de la luna de miel. Entre tanto yo os prepararé este aposento y me trasladaré al piso de arriba. Me dedicaré todo el resto de mi vida al cuidado de Ehrental, y habitaré con él nuestro solitario aposento.

— ¿Papá vendrá hoy á la reunion? preguntó Rosalía.

— Es necesario, aun cuando no sea mas que por la familia. Como padre debe echaros su bendicion.

— Nos avergonzará pronunciando necios discursos, dijo la niña mimada.

— Ya le he indicado lo que debe decir, contestó la madre, y me ha hecho señal con la cabeza de que me habia comprendido.

Sonó la campanilla, la puerta se abrió y entraron los parientes de los desposados. Muy pronto los salones se poblaron de señoras, y todas aquellas damas con alhajas, zarcillos y cadenas, ocuparon el largo canapé y las sillas del rededor. Su conjunto formaba como un parterre de tulipas de todos colores, entre las cuales el jardinero hubiera evitado admitir ninguna de sombrío matiz. Luego los hombres se reunieron en grupo, con maligno mirar, las manos en los bolsillos, aire poco solemne y poco amable; y congregados así, todos los parientes aguardaron al desposado, que tardaba siempre en presentarse.

Al fin llegó aquel hombre marcado con un signo indeleble. Dirigió en derredor suyo miradas de sospecha, hizo á su futura un ligero saludo, y se violentó extremadamente para discurrir algunas palabras halagüeñas que dirigió á la linda jóven, riendo casi de rabia por el vacío que sentia en su interior.

El no vió ni el brillo de sus ojos, ni la blancura de su cuello, ni la esbeltez de su talle. Adelantándose hácia ella, pensaba en una cosa que no podia desechar de su imaginacion. Se separó bruscamente de Rosalía y se mezcló en los grupos de hombres, que desde su llegada se mostraban mas animados. Entre los jóvenes se oian algunas conversaciones indiferentes:

«La señorita Rosalía está encantadora;» y «¿vendrá Ehrental?» y «esta niebla dura ya demasiado tiempo. Ya no es natural y muy mal sana; es necesario usar chaquetas interiores de franela.» Finalmente salieron de una boca estas palabras: «cuatro y medio por ciento.» De repente cesaron las preguntas y se entabló la conversacion. Itzig era uno de los que estaban mas animados gesticulando en todos sentidos. Se hablaba de los corretajes de la lana y de la ruina de un comerciante que habia emitido demasiado papel y habia hecho bancarota. Las señoras estaban de todo punto olvidadas. Habitadas á este aislamiento, tenian solemnemente sus tazas de té en la mano, arreglaban los pliegues de su vestido, movian agradablemente sus cuellos y brazos para hacer brillar sus cadenas ó brazaletes á la luz de las bugias. La conversacion se interrumpió repentinamente por un ruido que se oia fuera. Se abrió una puerta; reinó un silencio general, y un pesado sillón entró rodando en la sala.

En este sillón estaba sentado un hombre que tenia todo el cabello blanco, el rostro embutido y abotagado, la mirada desencajada y fija, el cuerpo encorvado y los brazos colgando inertes encima de los del sillón: este era Hirsch Ehrental, un anciano imbécil.

Cuando el sillón fué conducido al centro de la reunion, miró lentamente en torno suyo saludando con la cabeza y repitiendo estas palabras:

— Buenas noches, buenas noches.

Su esposa se inclinó hácia él y le dijo con voz fuerte al oído:

— ¿Conoceis á todos los que están aquí presentes? Son de la familia.

— Ya lo sé, dijo Ehrental volviendo la cabeza, es una reunion. Todos se han ido á una gran *soirée*, y yo me he quedado solo en mi aposento, y me he sentado al lado de su cama. ¿Dónde está Bernardo? ¿Por qué no viene aquí al lado de su anciano padre?

Los concurrentes que habian rodeado el sillón, se desviaron pasmados, y la señora de la casa gritó de nuevo al oído de su marido:

— Bernardo ha partido, pero aquí tienes á Rosalía.

— ¿Ha partido? preguntó tristemente el padre. ¿Dónde puede haber ido? He querido comprarle un caballo para que pueda montarle y pasear. He querido comprarle una propiedad, para que pudiera vivir en ella como un hombre honrado, como lo ha sido siempre. Y solo sé, exclamó, que cuando le ví la última vez, estaba echado, que se incorporó en su cama, levantó la mano y la agitó contra su padre.

Se dejó caer en su asiento y refunfuñó en voz baja.

— Ven, Rosalía, dijo la madre, que se inquietaba por las alucinaciones del pobre loco. Tu presencia inclinará su ánimo á ideas mas placenteras.

La jóven se acercó y se puso de rodillas extendiendo el pañuelo delante de la silla de su padre.

— Papá, ¿me conoces? dijo.

— Te conozco, contestó Ehrental, eres una mujer. Pero ¿qué necesidad tiene una mujer de hincarse de rodillas? Dadme mi manto y pronunciad vuestra plegaria. Yo quiero arrodillarme en tu lugar y rezar tambien mis oraciones, porque estoy atravesando una larga noche. Cuando esta haya pasado, encenderemos las luces y nos sentaremos á la mesa. Entonces será ocasion de vestir ropas de hermosos colores. ¿Por qué llevas ese lujoso traje, este dia en que el Señor está irritado contra su pueblo?

Empezó á murmurar una oracion y volvió á quedar absorto en sus ideas. Rosalía se levantó con despecho, y su madre dijo con mucho embarazo:

— Hoy está mas malo que ningun otro dia. Yo hubiera querido que el padre hubiese podido asistir á los desposorios de su hija, pero veo con dolor que no puede llenar sus deberes como jefe de la familia. En vista de ello voy, en mi calidad de madre, á participar por mí misma el feliz suceso á la amable reunion.

Cogió solemnemente la mano de su hija.

— Acercaos, Itzig.

Itzig habia estado hasta entonces inmóvil detrás de los demás concurrentes y con la mirada fija en Ehrental. Al observar el desvario del enfermo, se habia encogido de hombros varias veces y movido la cabeza, porque comprendia que esto convenia mucho á la posicion que iba á ocupar en la familia. Pero ante sus ojos se movia otra figura; sabia mejor que nadie que gemia y se lamentaba, sabia que habia muerto sin perdonar. Así es que se adelantó maquinalmente al encuentro de la señora de la casa, con las miradas fijas siempre en Ehrental. Los convidados formaban círculo al rededor de él y de Rosalía; la madre cogió su mano.

Entonces Ehrental continuó hablando desde su asiento.

— Silencio, dijo con voz clara. Miradle al invisible. Nosotros salimos de la tumba y él danza rodeado por las mujeres. Ese á quien él mira, le quebranta los miembros. Ahí está, gritó con fuerza levantándose de su asiento, ahí está... ahí está... Derramad vuestros vasos de agua y huid á vuestras casas, porque ese hombre que ahí veis está maldito por el Señor. ¡Maldito! gritó con rabia levantando el puño y agitándose hácia el lado de Itzig.

El rostro de Itzig palideció. Intentó reír, pero en su angustia sus facciones se resistieron. De repente, se abrió la puerta, el dependiente de Itzig echó una inquieta ojeada al salon. Itzig no hizo mas que dirigir una mirada al recién venido, y comprendió en seguida todo lo que tenia que decirle aquel mensajero de la desgracia. Habia sido descubierta, corria peligro. De un salto se lanzó hácia la pueria y desapareció.

Despójate de tus galas de desposada, hermosa Rosalía, arroja tu brazaletes de oro y turquesas á un oscuro rincón de la casa, donde las paredes están cubiertas de polvo, y donde jamás un rayo de luz ha hecho brillar el oro y las pedrerías. Estas piedras deben perder su color, y este oro empañarse por el trascurso de los años; las cucarachas establecerán su morada en los anillos del brazaletes y se deslizarán á través de la cadena de oro. Grandes arañas deben encaramarse y atar á ellas sus hilos, para sorprender en la oscuridad alguna imprudente mosca. Arroja lejos de tí ese brazaletes, porque cada grano de oro ha sido comprado con el producto de alguna infamia. Guarda el vestido que debias lucir en la fiesta y cubre tu cuerpo con ropa de luto; deshoja las flores que adornan tu cabeza y arrojálas en la oscuridad de la noche para que sean el juguete del helado aquilon. Miralas un momento brillar á la luz desde la ventana y desaparecer en las tinieblas; caen en el fango que cubre la calle, y la planta del transeunte las ensucia y destroza. No mas desposorios, no mas enlace para tí con tu prometido, pródigo en promesas. No tardarás en atravesar las calles apresurada y cabizbaja; por todas partes por donde pases, las gentes se codearán diciéndo: «Esa es su desposada.»

Y cuando llegue el tiempo en que tu madre soñaba verte en la corte, durante la luna de miel, te encontrarás en una ciudad extranjera adonde huirás para librarte de los sarcasmos de los malvados. No sucumbirás al dolor, y tus megillas no palidecerán; tu hermosura deslumbra y tu padre ha atesorado mucho dinero: encontrarás fácilmente mas de uno que se preste gustoso á ser el sucesor de Itzig. Tu destino es el de agradar á cualquiera que se casará con tu capital, y que á ese precio recibirá tu persona con una sonrisa de satisfaccion; tú le desprestarás desde el primer dia de tu casamiento y le soportarás como se soporta un mal del cual el médico no puede curarnos. Tendrás nuevamente ricos trajes de seda, otro brazaletes brillará en tu brazo, y la ocupacion de tus dias será pasearte como una muñeca muy engalanada, y comparar con ironía tu marido á los demás hombres. Pero el dinero que el viejo Ehrental ha acumulado á fuerza de desvelos, por medio de la usura y del engaño para sus hijos, va á correr nuevamente de una en otra mano, va á servir á los buenos y á los malos, y á reunirse á ese ancho rio del capital cuyo curso entretiene y embellece la humana existencia, eleva los pueblos y los Estados, y hace á los individuos poderosos ó miserables, segun el proceder de cada cual.

Afuera, la noche era sombría, la atmósfera estaba cargada de neblinas, cayendo una lluvia fina y glacial que hacia estremecer, bajo sus tupidos trajes de invierno, á los que discurrían por las calles. Itzig se precipitó abajo del portal, oyendo todavía sobre las losas una voz que murmuraba:

— La policía está en casa; están en el patio, guardan la escalera, fuerzan la puerta del aposento.

Luego no oyó nada mas; una angustia espantosa trastornaba todo su ser. Los pensamientos se sucedían en su imaginacion con furiosa rapidez, y todo en él gritaba:

— ¡Maldicion! ¡Maldicion!

Tentó sus bolsillos, en los que desde la semana última llevaba siempre encima de sí una parte de su fortuna. Pensó en el camino de hierro, pero aquella no era la hora de partida de ningun tren que pudiera conducirlo á un puerto de mar, y además, en todos los embarcaderos encontrarían hombres apostados que le reconocerian é impedirían su fuga.

(Se continuará.)

El leon en el desierto.

Hay animales que son simpáticos, y entre ellos, en primer término se cuenta el león. Así se le ha llamado el rey de los animales. Ninguno es mas popular, y esta popularidad dura hace largo tiempo. Entre los animales heráldicos, el leon es el mas noble, y nada mas orgulloso que el blason que le trae tendido en *campo de gules*.

El leon no piensa en su alimento hasta que ha llegado la noche, y muy rara vez durante el dia, persigue á los antílopes y á las gacelas que pacen en el desierto. Preciso es que el hambre le apure mucho para que recurra á este extremo. Pero no se crea sin embargo, que es un mero deador que busca su presa, lo hace mas francamente, olfatea su alimento y se apodera de él en donde le halla, lo que facilita esas emboscadas nocturnas por las cuales mereció Gerard que le llamaran *asesino de leones*.

No en esos casos debe buscarse al leon si se quiere verle en toda su hermosura.

Donde está admirable es en el desierto y en la época de sus amores. El espacio le pertenece: allí reina soberanamente y entrega ese noble y basto dominio á la que ha elegido por compañera. Todo enemigo que se atreviera á asomar por el horizonte correría el riesgo de muerte fulminante. Los leones vecinos lo saben muy bien y se respetan entre si y jamás se usurpan el territorio.

No tiene el mismo respeto el *Kamsin*, (viento del Sur) que sopla cuando le parece. La hembra se despierta un dia lánguida y enervada; el leon cree que se aproxima, no un



BERLIOZ. — (Véase la Revista de Paris del N.º 846.)

enemigo sino un rival, y dejándola en su guarida, sale con aspecto amenazador y dispuesto al combate. Sus ojos penetran en el espacio sin descubrir nada. Entonces se oyen sus rugidos, rugidos profundos, sordos, formidables, que siembran el espanto en la soledad: es uno de los mas grandes espectáculos de la naturaleza africana. J. B.

Las fiestas de carnaval

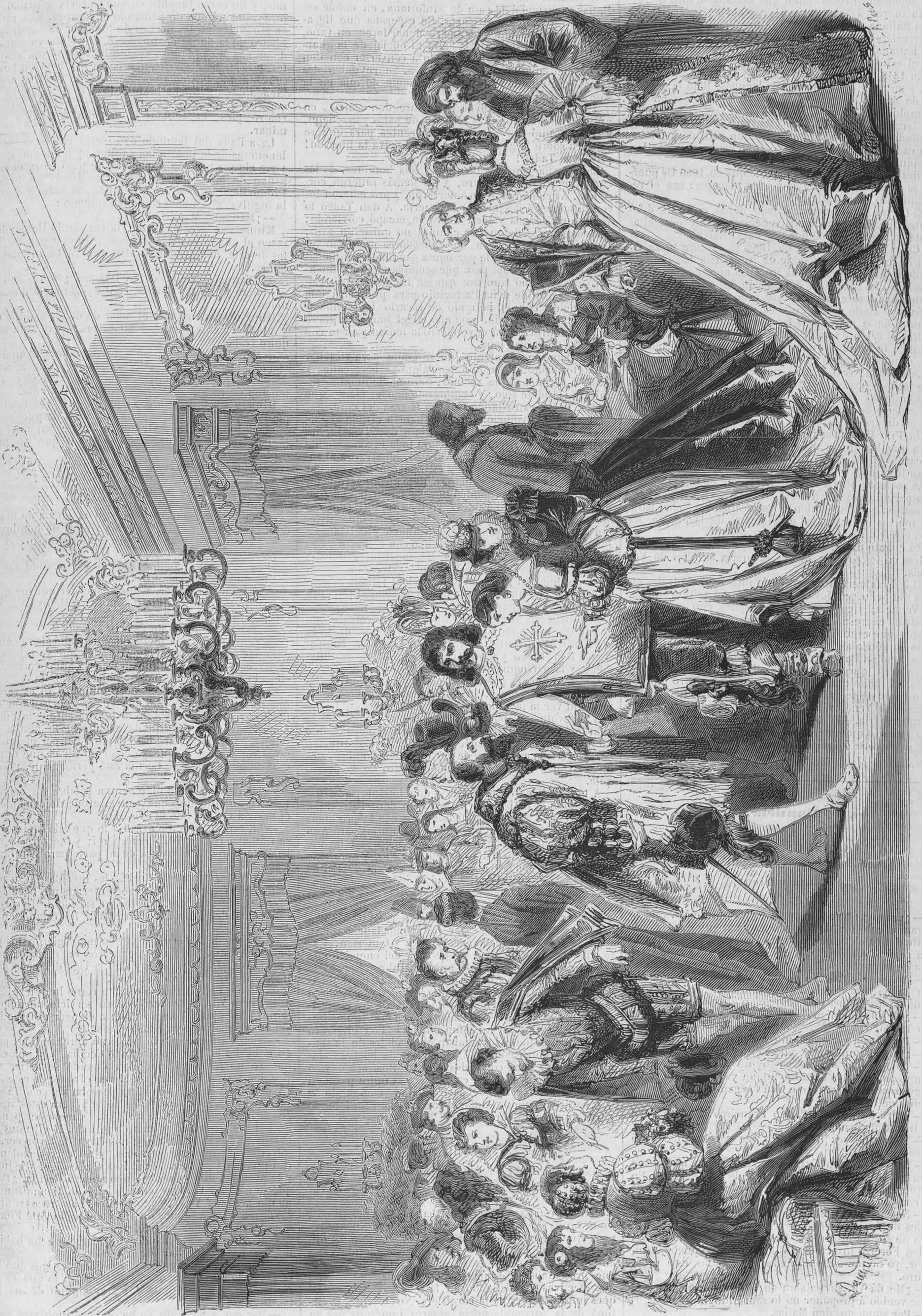
EN VENEZIA.

Venecia 6 de marzo de 1869.

« Hay una desdichada ciudad que se llama *Venecia*, que despues de haberse conquistado un nombre glorioso por las armas, ha concluido con una gran fama por su carnaval. En otro tiempo se acudia de todas partes de Europa al *carnaval de Venecia*, porque era aquello una alegría, una licencia, un juego desenfrenado, y duelos al florete, y cortesanas de todas las clases y de todos los colores, una mascarada universal. Entonces el comercio de la ciudad se reducía á pomadas, esencias y encajes. Los mas nobles herederos de la serenísima república no conocían cargo mas honorífico que el de banquero de faraon; era un miserable espectáculo el que presentaba toda una ciudad entregada á la prostitucion, la licencia y el juego; felizmente para ella Bonaparte la sacó de tan vergonzosos excesos entregándola al Austria, y hoy no se baila mas en Venecia que en cualquiera otra parte. »



El leon en el desierto.



VENECIA. - Baile de trajes en el palacio de los condes Papadopoli, el 4 de marzo de 1869.

Esto escribía M. Jules Janin en 1853, y con permiso del célebre crítico, diremos que Bonaparte hizo un servicio mayor á Venecia con entregarla al Austria: la hizo italiana. Y esto no es una paradoja: Venecia, que aborrecía el yugo alemán, de veneciana pura pasó á ser italiana, y desde entonces comenzó la reacción contra el extranjero.

En 1848 el león de San Marcos se levantó de su apatía, y entró en posesión de sus lagunas. Bajo el gobierno de Manin, Venecia sitiada dió durante dos años el ejemplo de todas las virtudes cívicas. Conocida es aquella larga y dolorosa historia en que se vió á Venecia excitada por la adversidad, haciendo acto de patriotismo cada día. Entonces ya no hubo carnaval, ni bailes, ni siquiera teatro.

Diez años duró ese estado, hasta que en 1866 las puertas se abrieron á las fiestas y á los placeres: era el renacimiento de la antigua Venecia.

El *Correo de Ultramar* ha dado desde entonces diferentes dibujos de las fiestas venecianas, casi todas ellas fiestas políticas: hablemos hoy del carnaval.

¡Cuán bella estaba aun en 1868 la célebre plaza de San Marcos, resplandeciente de luces, con las grandes sombras que proyectaban la torre, la antigua basílica, y mas lejos, los mármoles del palacio ducal; animada por la muchedumbre enmascarada ó no enmascarada, que bailaba al ruido de los aires característicos de la *Mascherata*, de la marcha de los *Napolitani* ó de los *Chioggetti*! El célebre tema de Paganini expresa admirablemente este conjunto, pues tiene á la vez el colorido local, el movimiento y el sentimiento.

La plaza de San Marcos no necesita mas atractivos que los que posee todos los días para cautivar la admiración de los artistas, y así es que protestamos contra esa especie de explanada adornada de kioscos y banderas de diversos colores que la sociedad del carnaval ó de la *Vita Veneziana* ha erigido en medio de la plaza para que bailen las máscaras. ¿Para qué reglamentar el carnaval? Déjese al de Venecia su originalidad, que es su libertad.

La sociedad oficial del carnaval, y la niebla también, han perjudicado mucho este año al movimiento de las máscaras; pero en cambio la *Cavalchina*, el célebre baile del martes del carnaval en el teatro de la Fenice, ha sido espléndido.

En cuanto á fiestas particulares, las ha habido magníficas en los palacios de las primeras familias de Venecia.

El 3 de febrero hubo un magnífico baile de trajes en casa del príncipe Giovanelli, senador del reino y síndico de Venecia; y cuatro semanas después, con motivo de la media-cuaresma, dieron otro igual los condes Papadopoli, que reunió á unas 250 personas que habían llegado en góndolas.

La condesa Papadopoli es una Aldobrandini, italiana de corazón, que ha estado en el destierro con sus dos hijos. El baile que se ve figurado en nuestro dibujo, tuvo lugar en su palacio de Santa Marina, situado en el interior de Venecia. La animación que en él reinó fué extraordinaria. Los trajes eran brillantes. No diremos mas, pues lo que queríamos probar está probado, y es que *de nuevo se baila en Venecia*. L. A.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuación.)

— ¿Conque no se anima Vd.? ¿No quiere Vd. que lo hagamos colector de las rentas parroquiales ó presidente del cabildo, que es tanto como ser presidente de una república chiquita, porque el cabildo es la legislatura de la parroquia?

— No, don Matías. Yo no quiero ser instrumento de don Tadeo para hacer lo que me mande, ó lo que les mande á los peones que componen el cabildo.

— ¿Es Vd. enemigo de un hombre tan bueno como don Tadeo?

— Por el contrario, estamos en muy buena armonía.

— ¿Qué es lo que hay, pues, en esto?

— Lo que hay es que yo soy un hombre independiente, porque vivo de mi ayunque y mis tenazas, y no tengo para qué someterme ni á los gamonales ni á los dueños de tierras.

— ¡Pero los principios, don Francisco! ¿No es usted un liberal de principios?

— Yo puedo ser liberal sin ser revolucionario de aldea.

— Muy bien, don Francisco. Comprendo que usted es manuelista, contrario al partido de los tadeístas. En lo que hice mal fué en venir á revelar á Vd. un secreto, con el cual puede Vd. perjudicarme.

— No tenga Vd. cuidado. Yo soy neutral en las cuestiones de los manuelistas y los tadeístas. Soy liberal, pero no soy de los tiranos liberales que encabeza don Tadeo Forero, invocando los derechos del pueblo. No, señor, yo no me meto en nada; don Matías, esté usted seguro.

— ¿Me dá Vd. su palabra de honor de que esto que he venido á proponer no lo sabrá ninguno?

— Por supuesto, don Matías.

— Pues adios, don Pablo, dispense las molestias.

El silencio continuaba en toda la parroquia, y don Matías se dirigió á la casa de Sinforiana, en donde estaban otros compañeros suyos. Se esperaba que llegasen varios comprometidos, pero aguardaron en vano, pues á ninguno se le vió la cara. El oficial de la guardia de la cárcel vino disfrazado á conversar con don Matías, del lado de afuera de la casa. Se revisaban las armas y se repetían las órdenes. Nadie dormía en la casa de la señora Sinforiana.

A las tres y media dividió su gente don Matías, en número de diez hombres armados de palos y machetes, y la encaminó por dos calles diferentes para que se echasen sobre la guardia á la voz de ¡viva la libertad! ¡viva don Tadeo!

La guardia constaba de diez y seis hombres, de los cuales se rindieron cuatro, y los demás salieron corriendo. Al comandante lo amarraron, y procedieron los conspiradores á descerrajar la puerta. A don Tadeo lo sacaron en brazos y Juan Acero se escapó corriendo; pero dos presos de menor cuantía no quisieron salir. Los vivos se aumentaron, los vencedores recorrían los puntos principales de la parroquia poniendo centinelas y excitando al pueblo para que secundase el movimiento; pero no hubo sino dos que se les agregaron. Rodearon la casa de doña Patrocinio para prender á don Demóstenes, con el designio de sacarlo ignominiosamente de la parroquia, montado en el burro carguero de doña Patrocinio, á cuyo efecto lo tenían ya listo con un apero de cargar leña.

Don Demóstenes intentó juntar gente para sostener las autoridades, se asomó por algunas boca-calles y llamó á algunos de los vecinos; pero nadie lo quiso seguir; y viéndose solo, y comprendiendo el riesgo que corría, se fué extraviando calles á la casa del cura.

Viendo los revolucionarios que habían errado el golpe, se contentaron con expropiarle á don Demóstenes algunos libros, y á doña Patrocinio todo el aguardiente que tenía; registraron algunas casas, amarraron al sacristan por ser manuelista, y estropearon á varios por el mismo motivo. El alcalde era uno de los revolucionarios; á esas horas mandó iluminar la parroquia, y en seguida se dirigió al cabildo y descerrajó la caja del archivo de los jueces para sacar los papeles que tuviesen relación con la causa de don Tadeo y del famoso Juan Acero. El triunfo era celebrado con algazara y con muestras de sumo placer, y los tadeístas gritaban: ¡Viva don Tadeo! ¡Viva la libertad! ¡Vivan los defensores del pueblo! ¡Mueran los gólgotas! ¡Muera la gente de botas! ¡Muera el cachaco Demóstenes! ¡Mueran los tiranos de las haciendas!

Al amanecer, supo don Matías que se acercaba don Cosme con gente de las haciendas; y viéndose él sin la suficiente para resistir, se retiró y disolvió sus compañeros. Don Tadeo y Juan Acero tomaron las de Villadiego, y la parroquia se quedó tranquila.

Don Demóstenes paseó todo el lugar con don Pachó Novoa y algunos otros; su admiración fué subiendo de punto al ver la facilidad con que don Matías había hecho la revolución, por la traición del encargado de la guardia y por la indiferencia de los manuelistas, que no habían querido ayudarle á sostener la Constitución y las leyes. Se admiraba de ver que diez hombres pudiesen volcar todo el organismo político de la parroquia.

A las seis llegaron don Blas y don Lucinio, que habían sabido la noticia por un posta de doña Patrocinio, y averiguaron el hecho judicialmente con la presencia del juez 2º. A esa hora pusieron requisitorias para Amalena, Guáduas y Bogotá, elevaron la queja á las autoridades superiores y al juez del circuito, y aprehendieron á dos tadeístas cómplices en la revolución de don Matías. Pronto se restableció el orden, y el gobierno de la parroquia siguió como estaba el día anterior.

Era una cosa digna de notarse que después de encausado don Tadeo, y después de tenerse probabilidades de su ruina completa por las circunstancias de su fuga, la población permanecía quieta y temerosa, y se le guardaban respetos á la persona del enemigo mas declarado de la tranquilidad pública. Tal es el prestigio de los tiranos, que aturden la cabeza de sus víctimas con la astucia, el engaño y el terror, como los gatos á las avecitas que persiguen y como el boa á los cuadrúpedos que se ponen á su alcance. Las gentes no aparecían en las calles por no comprometerse con el nuevo gobierno, aunque todos estaban persuadidos de la ventaja de ser gobernados por el partido de los hacendados, hombres muy conocidos por su ilustración y su probidad. El corredor del cabildo era la única parte en que se veía un grupo de parroquianos, compuesto de la señora Patrocinio, Paula, el sacristan, un sordomudo y tres muchachos curiosos.

XVIII.

LA FUGA.

Manuela estaba asilada bajo la bandera de ñor Dimas, como varios presidentes y magistrados de la Nueva Granada que se han asilado bajo las banderas de los ministros residentes en Bogotá, durante los cuarenta y seis años de nuestra independencia; pero las seguridades que presentaba la estancia del Botundo eran mucho mas efectivas, consistiendo en la garantía de los bosques interminables de la cordillera. No obstante, la víctima de la parroquia sufría pesares inmensos por su

familia, por su libertad y por su amante, al cual creía culpable de una traición infame. No había podido dormir, y un canto fúnebre en que parecía articularse ji, je, jo, ju, le tenía despedazado el corazón. Esta música es producida en las noches de luna por un cuadrúpedo blanco de la figura de un perro, tan lento y desgraciado en sus movimientos, cuanto lastimosos son sus gritos, y se llama el perico-ligero. No hay hombre tan insensible que no haya suspirado si ha oído en alguna posada de la montaña la sinfonía de estos animales, que con razón se quejan de la naturaleza, que les concedió cuatro piés, negándoles la preciosa facultad de caminar.

La asilada del Botundo oyó cierto rumor en las talarqueras de la puerta del camino, y temiendo que la viese alguna persona sospechosa, se pasó de su cama al grupo de las matas de café, y se quedó en acecho. Pronto llegó un hombre á la mitad del patio y llamó á la fugitiva, diciéndole con voz cautelosa:

— ¡Manuela, Manuela!

Manuela se quedó callada, la voz siguió llamando, y como el que la profería hubiese visto moverse las matas de café, dirigiéndose á ellas repitió las mismas palabras.

— ¡Manuela, Manuela! Soy Dámaso. ¿No me conoce?

— Pero yo no soy Cecilia, contestó Manuela desde las matas.

Dámaso se acercó mas al lugar de donde salió la voz, y saludó cariñosamente á su futura; pero esta no le quiso responder.

— Manuela, ¿por qué no me responde, por qué me viene hablando ahora de Cecilia? le decía con ternura.

— Eso Vd. sabrá, dijo Manuela; y se agachó con intención de no volver á responder, seguramente.

Dámaso se sentó junto á instarle que respondiese; pero ella se había hecho piedra, y hasta después de algunos minutos dió muestras de querer entender con él, derramando un raudal de lágrimas que no pudo contener.

— Contésteme, Manuela, le decía Dámaso. ¿Qué novedad hay para que Vd. me hable de Cecilia?

— Que á ella es á la que Vd. quiere.

— No sé por qué lo diga usted.

— Por lo que les oí conversar en la chapa de monte de los cucharos, cuando yo subía vestida de hombre.

— ¿Vestida de hombre? preguntó Dámaso con viveza.

— Sí, y por eso no me conoció Vd. cuando Cecilia le dijo que no lo había olvidado.

— Eso puede suceder, y puede suceder que me quiera; ¿pero si yo no la quiero á ella?... ¿Me oyó Vd. decir que yo la quisiera?

— No; ¿pero á qué fin esa cita?

— Venía yo para la montaña y me salió al encuentro para decirme que ya sabía don Tadeo que yo estaba en la parroquia, y que me tenían espías para cogerme. Me conoció en la tos, porque yo estaba disfrazado.

— ¿Y todo ese cuidado qué significa? ¿No es verdad que hubo un tiempo en que Vd. se quería casar con Cecilia, y que Vd. se apartó de la casa porque la Vibora lo amenazó con echarlo de recluta si le pisaba sus puertas? Cecilia le hace caso al gamonal por el interés de la ropa; pero lo que yo echo de ver es que el primer amor de Vd. y de Cecilia está permanente. ¿No lo creyera yo de usted!

— ¿Pero Vd. me ha oído alguna palabra sospechosa?

— Yo no oí todo lo que conversaron; únicamente le oí decir á Cecilia que le avisaría.

— Sí, señora, que me avisaría lo que ella supiese que se tramaba contra Vd. y contra mí; y me ofreció que haría todo lo que estuviera de su parte para contrariar las medidas de don Tadeo.

— ¿Cecilia, contrariar Cecilia las medidas de su protector? ¡Vaya, que Vd. me cree enteramente necia!

— Tan cierto es eso, que me ha sacado de la cárcel.

— ¿Cuándo, Dámaso? ¿Luego Vd. ha estado en la cárcel?

— A poco de haberme separado me cogieron los policías por sorpresa y me aseguraron en el palo; pero Cecilia rompió las paredes y alzó la viga del cepo para libertarme con riesgo de su vida.

— ¡Cómo no, queriéndolo tanto como lo quiere!

— ¿Pero Vd. no le agradece un servicio tan importante? ¿No estaría Vd. casi muerta de pena al verse huuyendo, y saber que yo estaba preso?

— Siento mucho que lo hubieran aprehendido; pero en el hecho de haberlo libertado Cecilia, hay una cosa que yo no sé cómo entender. Cuando se arriesgaba por libertarlo á Vd., ¿no pensaba en el amor de usted?... ¿Y pensando en este amor, no pensaba algo contra mí?

— Manuela, esos escrúpulos no son para estos tiempos de persecuciones y de trabajos. Es menester pensar en nuestra seguridad primero que todo. Recibamos de Cecilia, ó de cualquiera que nos haya de favorecer, la salvación de nuestras personas, y no correspondamos con una mala partida. Por última vez le digo, y le juro, y le protesto, que yo no le tengo amor á Cecilia. ¿Para qué se molesta Vd. con temores que no tienen fundamento alguno? Yo sí tengo motivos para reconvenirla á Vd. por lo que se dice de Vd. y del indio José Fitatá.

— ¿Qué es lo que se dice, pues?

— Que consta de cinco declaraciones que ha habido motivos para sospechar por lo menos.

— ¿No sabe Vd. que don Tadeo tiene testigos que juran todo lo que les mande? ¿No sabe Vd. lo que es un gamonal cuando no puede lograr alguno de sus intentos?

— Por eso, y por todo, yo he venido á libertarla, para

que Vd. no tenga que esconderse, ni que temer persecucion de ninguna clase.

— ¿De qué manera?

— Llevándomela de esta tierra de opresion y de tiranía.

— ¿A dónde, Dámaso de mi vida?

— ¿A Ambalema, á morir de esa fiebre de que han muerto tantas personas de Bogotá y de la sabana? ¿Y dejar á mi madre, la familia, amigos y parientes?

— Iremos á un canel muy distante de Ambalema, donde tengo un tabacal; la separacion de la familia no será sino por corto tiempo. Ahora, por lo que es amigos y parientes, allá no nos faltarán, porque tendremos plata. Aquí en la puerta tengo amarrada una mula muy buena para su viaje.

— ¡Pero irnos juntos y solteros! ¿Qué dirán mi sia Clotilde y mi sia Juanita? ¿Qué dirá el señor cura, que es tan bueno y que nos aconseja que no demos escándalos? ¿Qué dirá toda la gente?

Volveremos casados dentro de dos meses, y entonces ya no tendrán qué decir.

— ¡No, Dámaso! Yo no lo sigo á Vd. á esos lugares.

— ¡Pues, si Vd. no me quiere!...

— ¿Mas?

— Pues obras son amores y no buenas razones.

Manuela se quedó callada; tenía el codo apoyado en un tronco y la cara sostenida con su preciosa mano por encima de las cejas. Un rayo de la luna que penetraba por entre la copa de uno de los árboles mas grandes le bañaba de soslayo la mano y parte de la cara, y á su luz se veían algunas lágrimas que descendían rodando desde sus largas pestañas, como las gotas de rocío que caen de las flores. Dámaso la miraba embelesado, sin atreverse á interrumpir ni su llanto ni su silencio, porque el verdadero amor es respetuoso.

De repente se levantó Manuela, y sin hablar palabra comenzó á entrar y salir, y á doblar piezas de ropa, y formar lios; y cuando estaba envolviendo el junco donde había dormido para arrimarlo al único tabique que tenía su dormitorio, asomó Pia y le preguntó:

— ¿Qué novedad hay, comadre?

— Que me voy para Ambalema.

— ¿Por qué se va usted?

— Porque Dámaso me lo exige. El amor, comadre...

— De veras, comadre, que por el amor hacemos cosas en que no reparamos. Yo le había ofrecido que aquí no la encontraría nadie, que si era menester la pondría mas adentro de la montaña, y todavía le ofrezco lo mismo.

— Muchas gracias, comadrita de mi alma; pero ya estoy resuelta. ¡Adios! Saludes á *ñua* Melchora, á taita Dimas y á los muchachos cuando vengan. A Pachita y á mi mamá, que me fui... pero no les diga nada, ni tanto á don Demóstenes; que no sepa ninguno la suerte que voy á correr.

— ¡Ah primer! dijo Pia; tener que separarnos, ¡quién sabe hasta cuándo!

— Encomiéndeme á Dios, comadre Pia, dijo Manuela, y se fué acercando al lugar donde estaba la mula.

Pia le regaló una botella de aguardiente para que la echase en el cojinete, y despues de un estrecho abrazo, montó Manuela en la silla de Dámaso, con los estribos largos y las enaguas convertidas en calzones; llevando puesta una ruana pequeña de algodón y el sombrero de los días de fiesta.

Se quedó parada en la puerta la estanciera del Bontundo, oyendo los gemidos de la comadre, hasta que la perdió de vista, y despues de correr las talanqueras, tan despacio como lo exige la maquinaria de tales puertas, construidas de palos enredados con maneas de bejuco, se retiró á su cama á contentar al niño, que se había quedado llorando.

La fuga estaba emprendida y ya no quedaba otro recurso que caminar antes de que amaneciese y los terroristas les echasen mano. En la casa de Juan Bautista se sentía ruido por haber en ella un enfermo; pero esta casa no era hostil para los manuelistas; al pasar por frente á otras que si eran sospechosas, tomaron la precaucion los proscritos de andar muy callados y llevar la mula suelta sin jinete. Al asomar á un cerrito vieron el sitio de la parroquia, en donde se hacían notables las casas por el blanquimento de algunas paredes y por los techos de palmicha. Manuela dirigió un triste adios á la patria, es decir, á la familia, á los lugares predilectos de la infancia y la juventud, y á los sepulcros de sus padres. Al hacerlo, notó que había luces en varias de las casas, y sintió voces y algazara. Puso atencion, sospechó que había un tumulto popular y dijo á su compañero:

— ¿Como que hay revolucion en la parroquia?

— No sé nada de lo que ha pasado en estos dos días, porque tuve que perder casi uno de camino por traer esa mula, y no hablé con nadie por no darme á conocer; pero no tengo temores. Sé que el partido de don Tadeo intenta echar abajo el gobierno del 4 de diciembre; ¡pero cuándo han de querer los pueblos entrar en una nueva revolucion!

— Pero vea, Dámaso, dijo Manuela, sin dejar de caminar aprisa, cómo cambian las luces, y oiga latir los perros. ¿No conoce la voz ronca del perro de don Demóstenes?

— Será que se van algunos para Bogotá y han querido madrugar.

A este tiempo sonó una voz que decía:

— ¡Viva la libertad! ¡Viva don Tadeo Forero!

— ¿No oye? dijo Manuela.

— Algun baile que se acaba con borrachera.

— ¡Mueran los conservadores y los oligarcas!

— ¿Ve cómo es revolucion? ¡Madre mia y Señora!

La misma voz lejana exclamó:

— ¡Mueran los gólgotas!

— ¡Mueran! respondieron unos cuantos.

— Aquello es contra don Demóstenes, no le quede duda, dijo Manuela á su compañero.

— ¡Ande, ande! que á nosotros nos importa alejarnos. Quién sabe qué zambra habrán armado los tadeistas para salir de don Demóstenes; pero á su casa no se le atreven á entrar, porque les ha dicho que es cónsul de la extranjería. Píquele á la mula antes de que nos amanezca en el camino real, que es en donde nos pueden ver.

Ya dejaban la parroquia á un lado los viajeros, y al pasar la quebrada por el lado de abajo del charco del Guadual, por un paso ancho, pedregoso y todo cubierto por encima con palmas y guaduas, prorumpió Manuela, sin poderse contener, en estas palabras:

— ¡Adios, charco del Guadual! ¡y quién sabe para cuántos años! ¡Adios, lavadero mio! ¡Adios, palmas y guaduas! ¡Adios, recuerdos de todas mis amigas!... ¡Adios!...

La palabra se extinguió en su garganta, se desmayó y hubiera caído de la mula, si Dámaso no la hubiera sostenido con tiempo. Este se aturdió por unos instantes; pero conociendo el peligro de la mas mínima detencion, tomó el partido de saltar al anca de la mula, llevar su brazo izquierdo adelante, por debajo del brazo de la enferma para tomar la rienda, y sostenerla con el otro brazo contra su pecho; todo esto sin dejar de caminar un solo instante. Se acordó del aguardiente, sacó del cojinete la botella, y con el pañuelo de la misma Manuela le frotó las sienes, y así consiguió que se estremeciese y que pronunciase algunas palabras.

— ¡Yo me muero, Dámaso de mi corazón!

— ¿Qué siente, mi hija? le contestó su amado compañero.

— Dolor en el corazón. Bájeme de á caballo, bájeme, porque ya no puedo mas.

— No, mi querida, porque nos cogen. Andemos, que el mal le va pasando.

Los deseos de Dámaso se cumplieron. El aire puro de la mañana, las virtudes del licor espirituoso, la ausencia de los sitios amados, todo iba causando la reposicion, y Manuela hablaba y respiraba con libertad. Hasta llegó á contestar en tono festivo á las palabras amorosas de su guía. A medida que se apartaban de la parroquia, la confianza se aumentaba, y la venida del día no era una amenaza contra la seguridad personal, porque se andaba ligero, bajando por los callejones del bosque, muy oscurecidos en partes por las ramas y las barrancas de la orilla, sembrados de piedras redondas á cada paso; pero la mula que era fuerte, era tan inteligente como lo requería la situación.

La salida del sol fué anunciada por un concierto universal de todas las aves: toches cardenales, guacharacas, papagayos y azulejos. Un nuevo día es, sobre todo en la tierra caliente, un espectáculo que hace comprender la omnipotencia infinita de Dios. Las flores que se presentan á la vista son muchas, y sus colores y figuras admirables: las orquídeas de distintos colores, las pasifloras, las flores del batatillo blancas, amarillas y moradas, de las cuales la blanca no pasa de las nueve del día, y otras mil que la vista no alcanza á abarcar, todas forman sobre el fondo verde de las hojas labores tan primorosas que solo el pincel de la naturaleza ha podido dibujarlas. A la luz soberana del astro del día, que se levantaba para recorrer la bóveda azul de los cielos, presenciaba Manuela todas estas bellezas y daba gracias á Dios por su existencia.

Los fugitivos se detuvieron á las nueve en una estancita oculta en el monte, para almorzar y dar descanso á la famosa mula, que también recibió su racion de pasto de guinea.

Habían caminado cinco leguas y media, y ya los peligros eran casi ningunos.

A la noche pararon los viajeros en otra estancita, donde vendían aguardiente y tabacos. No había en esta posada sino tres mujeres, y un sordomudo; todas las muestras eran de absoluta pobreza; pero la casa de paredes de palma era aseada y las tres caseras se mostraron hospitalarias. Despues de amarrada la mula y apretadas algunas viandas por Manuela para el día siguiente, se terminó la velada, porque los viajeros estaban trasnochados y muy cansados de jornada tan violenta.

A media noche sonó el tropel de muchas bestias y la voz de algunos arrieros, que á Dámaso no le fueron desconocidos, por ser agentes de don Matías. Hizo que las caseras, que se preparaban á vender el aguardiente, averiguasen de dónde venían los arrieros, qué objeto llevaban, y á qué parte se dirigían; él se salió por la contrapuerta de la casita y desde el barzal notó el número de diez mulas, y su calidad, que era de primer orden, por ser todas de silla. Manuela también conoció en el habla los arrieros, y por una ventanita, que mas bien era un agujero, contó las mulas, y conoció una de un caqueceño que había posado en su casa de la parroquia, y que se la habían robado de los ejidos.

Despues de que se fueron los arrieros, la joven Plácida, que fué la que se levantó á despachar, dijo á los prófugos:

— Uno de los arrieros me dijo que van para Antioquia á llevar mulas de un inglés, las cuales vienen de Sogamoso, que ellos son de Guaduas, que van ganando á cuatro reales por día, que van á pasar por el páramo de Ruiz, y que no caminan sino de noche, porque las mulas están muy gordas y se fátigan.

Muy fácil era comprender que aquella era una parti-

da de mulas que don Matías Urquijo, director de la sociedad baratera, mandaba á la provincia de Mariquita, por las circunstancias de la mula del caqueceño, por la farsa que el arriero había urdido, y por el reconocimiento de los agentes, los mismos que habían sido acusados dos ocasiones como empleados en este género de industria, pero que habían sido comprendidos en un indulto una ocasion, y otra rescatados por la generosidad de don Matías.

A las cinco se pusieron en camino los huéspedes, y Manuela encargó á las caseras que no dijese á nadie que habían posado allí.

Por grados sentía Manuela el calor de la nueva tierra que iba recorriendo. Las arenas estaban retostadas por los ardores del sol, y las hojas de los árboles de chicalá, cumulé y otros de los países muy cálidos no se movían porque no corría la mas pequeña brisa. Manuela le dijo á su compañero, á eso del medio día, que deseaba descansar debajo de una ceiba muy hermosa; pero este le manifestó que dentro de un cuarto de hora llegarían á un sitio mas apropiado para el efecto.

Llegaron por fin al lugar apetecido, que era un bosque pequeño de caracolías, de los cuales el mayor tenía seis varas de circunferencia en su base y cubría una área de media cuadra, la cual estaba limpia de arbustos y cruzada por un pequeño arroyo tan cristalino que se veían los peces y las piedrecitas, y á la orilla había una palma de noli y dos grupos de chontadura, que son unas graciosas palmitas cuyo mástil no pasa del grueso de un cañon de fusil, y cuyo fruto, que cuelga en racimos morados, es de un agrídulce muy aparente para quitar la sed.

Manuela se apeó sobre las raíces del mayor de los árboles, tendiendo su ruana, se recostó dando la espalda al camino, mientras que Dámaso le quitaba la silla á la mula para darle agua y la libertad de revolcarse á su gusto.

El calor se aumentaba de una manera espantosa, y el aspecto de Manuela daba á conocer que su alma padecía los rigores de la tristeza. Había exhalado el mas triste suspiro, cuando advirtió en una hormiga, que porfiaba sin dejar la carga por buscar el camino perdido por entre los palos y la hojarasca.

— ¡Ay! exclamó con dolor, yo también ando extrañada, y quién sabe cuál será el fin de mi jornada, porque este mundo da muchas vueltas.

— ¿Qué dice, Manuela? ¿Desconfía Vd. de mí? ¿está arrepentida de su viaje? ¿teme que yo le dé mal pago?

— Pienso que Vd. es el mejor de todos los hombres, y por eso lo quiero mas que á todos; pero no sé si usted, de aquí á cinco ó seis años, me querrá lo mismo que hoy.

— ¿Y luego Vd. lo duda?

— ¿Y cuando yo esté fea?

— La querré lo mismo, y Vd. me hace poco favor en estar seria, triste y afligida, pensando en estas cosas sin fundamento alguno.

— Yo no estoy seria; vea que me río con Vd. Perdóneme. ¿Qué quiere usted? con tanto sufrir se pone una de mal humor. ¡Ay, este calor! ¡la fatiga del camino! pero todo lo sufro con gusto por seguirlo. ¿No es verdad que le he jurado seguirlo hasta donde Vd. lo tenga á bien? ¿No es verdad que hoy dependo de la voluntad de Vd. únicamente?

Sonó un toque parecido al de una trompeta, que no era otra cosa que llamada de marranos tocada en un cuerno, y reconociendo Dámaso al corneta por entre los claros del monte, se dirigió á él, aunque no era de los llamados; mientras tanto se desnudó Manuela, y se metió en el arroyo para bañarse.

El corneta no tenía mas traje que los calzoncillos y una camiseta que le rodeaba la cintura, y por esto se le determinaba el carate morado y amarillo que le cubría el vientre y una gran parte de la cara; su calzado consistía en unas quimbas, y en la mano empuñaba la gran zurriaga, que también se llama perrero. Saludó á Dámaso con un abrazo muy apretado y le dirigió estas palabras de suma confianza:

— Parece que Vd. se lleva una regular cosechera para que le ayude á matar los gusanos.

— Por librarla de la persecucion de un gamonal, que le había levantado una sumaria. Yo no me habría animado á traerla; pero Vd. sabe que no habiendo leyes ni administracion de justicia, el mas violento es el que manda, ¡y pobres de los hombres de bien! ¡y pobres de las niñas honradas, y pobres de todos los pobres! ¡y luego nos elogian los gamonales la libertad y la tolerancia!

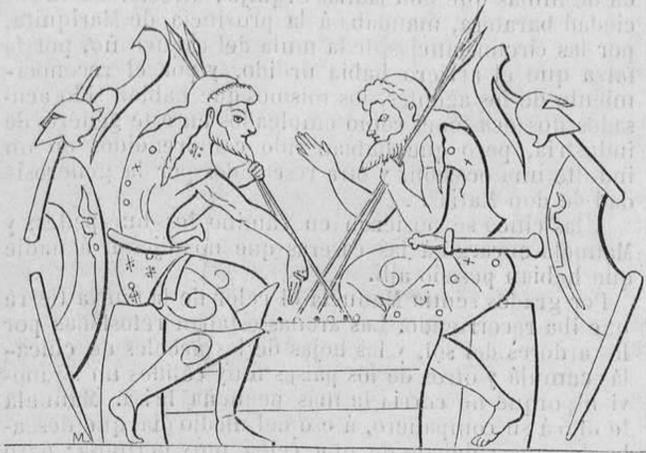
— Sí, señor, para que los toleren á ellos. Yo no sé qué es lo que hacen estos diablos que mandamos á los congresos, cuando no han podido hacer un gobierno que sirva, en tantos años que llevamos conversando de los derechos de los ciudadanos. Con reclutamientos de gente, con expropiaciones de mulas, marranos y gallinas, y con proteccion de los criminales no hay derechos que valgan. Mejor gobierno yo mis marranos que los gobiernos de la república, porque no les ofrezco derechos, sino que les doy maiz.

— Para venderlos ó matarlos. ¡Mire qué gracia!

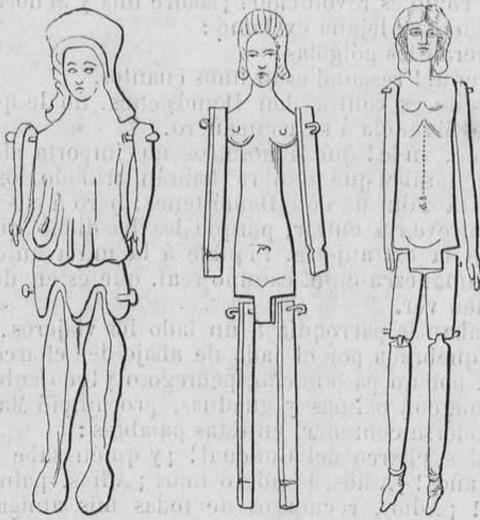
— Lo peor es que nuestros gobernantes nos matan y no nos engordan.

— ¿Eso cómo?

— ¿No hacen una revolucion en que despachan tres ó cuatro mil personas? Vd. sabe que á un hijo mio me lo mataron en la última, y mi hija por ir á verlo cuando estaba en el cuartel, se amañó y se quedó por allá con la tropa, y mi mujer se murió de la pesadumbre á los quince días.



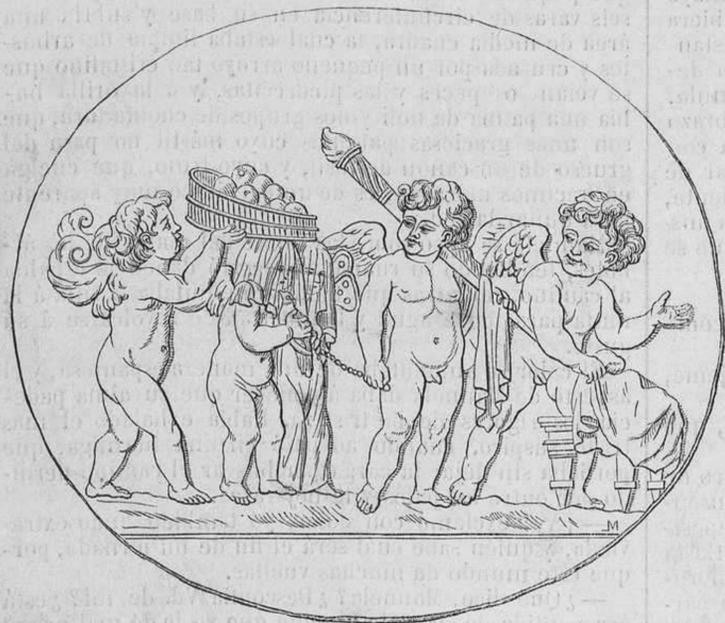
El juego del petti.



Muñecas articuladas.



Las tabas.



El juego de las bodas.

Los juegos de los antiguos.

Se habla mucho de la erudicion alemana, de las capas de tierra á cuyo beneficio ese pueblo estudioso protege las frágiles raíces de la planta que se llama una idea, de los largos años que emplea en hacerlas brotar, y de las flores que al fin obtiene, no siempre finas y delicadas, pero si vivas y de hermoso aspecto. Sin embargo, fuera de Alemania se encuentran hombres tambien que pasan su vida leyendo autores antiguos, estudiándolos profundamente para sacar de ellos un fragmento, una nota, en una palabra, para esclarecer hechos que hasta entonces habian parecido oscuros.

Como un ejemplo de esto que decimos, presentamos hoy á nuestros lectores los dibujos de M. Becq de Fouquières, que se ocupa en Francia, en darnos á conocer cuáles eran los juegos de los niños de la antigüedad: ¿puede darse tarea mas difícil? M. Becq de Fouquières ha estudiado para esto la historia de los niños en Atenas y en Roma, desde la cuna hasta la entrada en el Gimnasio, y los ha visto, burlándose de la gente y jugando en las calles con el mismo ardor con que juegan en nuestros dias.

A decir verdad, nada mas agradable que el poder sorprender á los niños en sus diversiones; y así es que los poetas antiguos, principiando por Homero, hablan de ellos con gozo y con ternura.

Todos los personajes hastiados de honores, se vuelven hácia los niños para evocar la frescura de sus primeras sensaciones.

Un ateniense se burlaba de Esopo porque jugaba á las nueces con los niños, segun dice la tradicion; pero no añade que Esopo se burlaba mas aun del ateniense refinado. El emperador Augusto se complacia en medio de los niños, y eso que debia tener bastante con el juego de la política, lo que no comprendió, al parecer Horacio, pues decia:

«Jugar á pares y á nones, montar á caballo en un palo, es demencia en un hombre.»

Verdad es que Horacio era soltero. No menos bulliciosamente se divertian las niñas en vestir y desnudar sus muñecas. Nuestros museos no carecen de muñecas articuladas que han sobrevivido dos mil años, siendo así que las niñas no necesitan mas de diez minutos para despedazarlas. Esas muñecas de tierra cocida ó de madera se encerraban en las tumbas de las niñas que morian en la flor de la edad, y la destructora de todas las cosas solia respetar esos frágiles pedazos de madera, ella que reducía á polvo á la niña que se habia entretenido con los tales juguetes.

Timoxena, hija de Plutarco, falleció á los dos años de edad durante un viaje que hacia su padre, y el historiador escribió á su esposa la magnífica carta: *Consolatio ad uxorem*, en la cual recuerda con tan hondo pesar el buen carácter y las monadas de su niña.

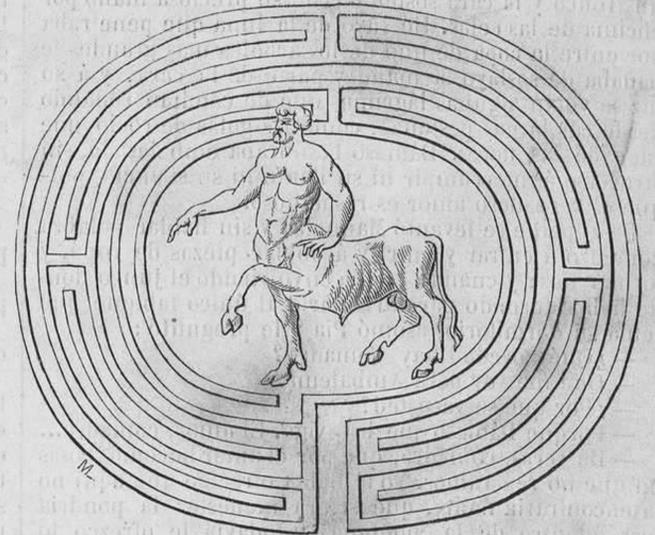
«Pedía á la nodriza que diera el pecho no solo á las niñas que jugaban con ella, sino tambien á las muñecas y otros juguetes que la divertian, pues queria co-

El porquerizo les derramaba maiz á los ciudadanos de su república, mientras que así conversaba con su camarada; y era de notarse que adonde comian los de ceba no se arrimaban los de cria, y donde comian estos últimos no se ingería ninguno de los de otros chiqueros.

— No ve Vd., decia el porquerizo, ¿yo para qué voy á decir que todos mis marranos son iguales, si unos están mas gordos que los otros?

— Los granadinos estamos tambien repartidos en las clases de calzados y descalzos, y delante de la ley los descalzos nos fregamos, y si no aquí estoy yo que lo diga. Por las leyes del cabildo y de don Tadeo, que no son iguales á las que obedece el señor don Leocadio ó don Eloy es que yo estoy desterrado de mi parroquia. Tiene Vd. mucha razon en decir que sus marranos están mejor gobernados que los granadinos.

(Se continuará.)



El juego del laberinto.



Riñas de gallos.



El juego de la pelota.

municar lo mas agradable que habia en el mundo para ella á todo lo que la proporcionaba algun placer.»

¿Cómo se ve al padre en este consuelo á la esposa, y cómo el gran moralista habla el lenguaje de todos los hombres!

Las niñas de la antigüedad jugaban mucho á las tabas, como se observa en los donde se las representa en la forma que

monumentos antiguos ofrece nuestro diseño.

Tambien era juego de niños, segun se desprende de la siguiente anecdota:

Siendo niño aun Alcibiades, jugaba á las tabas en medio de una calle, y cuando le tocaba arrojar los huesecillos acertó á pasar una carreta.

Ahora bien, Alcibiades pidió al carretero que se detuviera, pues las tabas habian caido por donde debia pasar la carreta, y como no quiera escucharle, los otros chicos se apartaron, pero él se tendió en el suelo y le dijo que pasara por encima: el carretero, asustado, hizo atrás á sus caballos.

De la pelota nada diremos: las habia de todos tamaños como en la actual ad, y se jugaba tanto como se juega ahora.

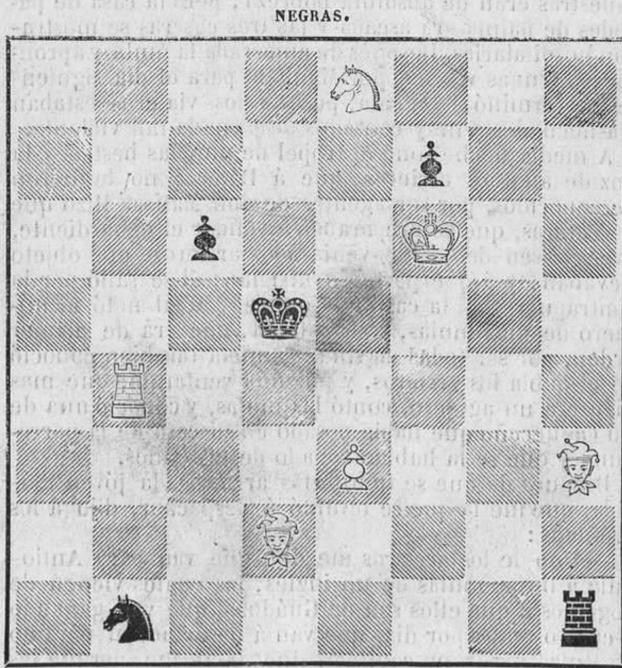
Pero además habia entonces una infinidad de juegos de destreza, de fuerza, de inteligencia, de azar, juegos de combinaciones y juegos desconocidos que darian materia para escribir un libro.

Por hoy nos detendremos aquí, pues nuestro intento ha sido solo decir algunas palabras sobre los dibujos que publicamos y que á la verdad no necesitan largas explicaciones, pues se explican por sí solos de un modo suficientemente inteligible.

Cu.

Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NÚMERO 284, POR M. GROSDEMANGE.



Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

(1) Solucion del número 283.

- | | |
|----------------------|--------|
| 1 A 1ª R | P 7ª R |
| 2 T 8ª Ra | P 4ª A |
| 3 A 4ª C | P 5ª R |
| 4 T 6ª Ra jaque | R 4ª R |
| 5 T 6ª C jaque-mate. | |

Los Editores-Proprietarios responsables

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Vernueil